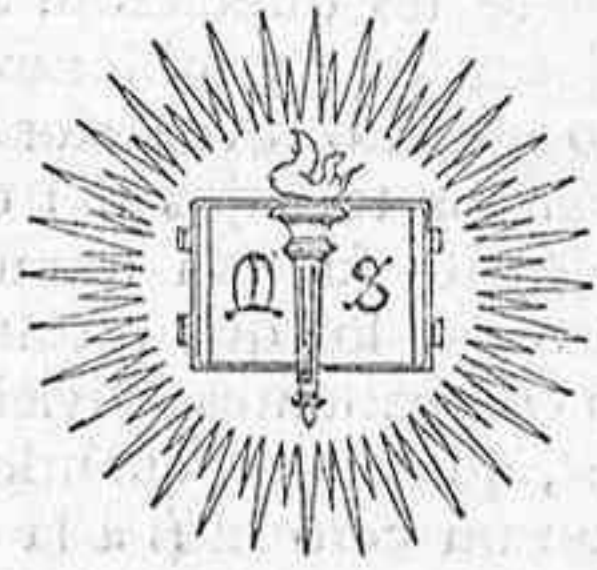


La Ilustración

JOSE A. NEVADO
MADRID
S. BERNARDO, 10, PRAL.



Artística

Año XXII

← BARCELONA 13 DE JULIO DE 1903 →

Núm. 1.124



ATENEO DE
BIBLIOTECA
MADRID

La huida á Egipto, cuadro de Antonio Estruch (Salón Parés)

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *Pensamientos.* - Antonio Estruch y sus cuadros bíblicos expuestos en el Salón París, por A. García Llansó. - *Bohemia*, por Alberto Carrasco. - *Cosas de la guerra*, por Rafael Ruiz López. - *Confraternidad americana. Delegados chilenos en el Uruguay*, por Historicus. - *Nuestros grabados.* - *Sonia*, novela ilustrada (continuación). - *Crónica científica. Inventos y novedades*, por Al'ler-Will. - Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. - *La huida a Egipto.* - *La adoración de los pastores.* - *Jesús en el templo discutiendo con los doctores de la ley.* - *Bautismo de Jesús.* - *Jesús en el desierto.* - *Entrada de Jesús en Jerusalén.* - *Jesús y la Samaritana.* - *Daed a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.* - *Jesús en el camino del calvario.* - *La Resurrección*, cuadros de Antonio Estruch. - *Retrato de Antonio Estruch.* - Dibujo de F. Mota que ilustra el artículo *Cosas de la guerra.* - *Danza española*, cuadro de Ignacio Zuloaga. - *Hojas caídas*, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca. - *Abandonados*, cuadro de Luis Nono. - *Junto al canal*, cuadro de Héctor Tito. - *República oriental del Uruguay. Montevideo. Llegada de los delegados chilenos.* - *Banquete celebrado en el palacio del Gobierno.* - *Máquina Castelnau.* - *Máquinas Hook para pintar.* - *Estudio para el cuadro «El hombre» de Lesser Ury.* - *Escultura decorativa de Miss E. Rope.* - *En el Océano*, dibujo de Juan Toorop. - *La Noche*, escultura de Rosa Silberer.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Los indios cheroquis: su propósito de establecerse en México. - *Cuba:* situación económica: nuevos impuestos: la lotería. - *Honduras:* manifiesto del general Bonilla. - *Venezuela:* fin de la guerra civil: los extranjeros en la República. - *Perú:* elecciones presidenciales. - *República Argentina y Uruguay:* la delegación chilena en Buenos Aires y Montevideo: la América del Sur para los suramericanos.

La civilización de los indígenas americanos es incompatible con la soberanía del mestizo yanqui.

Los cheroquis, hermosa é inteligente raza de indios del Norte de América que ahora vive recluida en el Territorio Indio de la Unión, se preparan para abandonar sus hogares y establecerse en los Estados unidos mexicanos.

Eran á principios del siglo XIX una gran confederación de tribus que ocupaban los territorios del Kéntucky y Tennessee y parte de la Georgia y Carolinas; tenían grandes aldeas, cultivaban las tierras, regíanse por instituciones semidemocráticas. Los colonos europeos los expulsaron de sus dominios á viva fuerza y los relegaron hacia el interior, en el *Indian Territory*.

Mucho tuvieron que sufrir aquellos desgraciados. La codicia del hombre blanco los redujo á la mayor miseria; las guerras, las enfermedades, el hambre mermaron sus energías físicas, y sólo eran unos 12.000 cuando terminó su forzada peregrinación y lograron relativa paz y tranquilidad en los lejanos territorios del río Arkansas.

Allí restauraron y perfeccionaron su régimen social y sus formas tradicionales de gobierno. La agricultura volvió á ser su ocupación predilecta, adoptaron un alfabeto silábico para escribir su idioma, se dieron una constitución política, fundaron escuelas y asilos, imprimieron libros y periódicos, y la población fué aumentando hasta alcanzar muy cerca de 20.000 almas. Pero esas gentes no viven á gusto entre los yanquis. Saben que no muy lejos de sus tierras hay otro país donde los descendientes de las primitivas razas americanas obtienen mayor aprecio, y han resuelto iniciar un movimiento de emigración en grandes masas hacia México.

A principios de junio se supo en la capital de la República mexicana que una comisión de cheroquis se dirigía á ella con propósito de pedir una gran concesión de terreno para una primera colonia de 1.000 individuos. Van á reconocer tierras en el Estado de Veracruz y en los de la costa del Pacífico; buscan en uno y otro lado lugares convenientes para explotaciones agrícolas, y anuncian que á la primera colonia han de seguir otra y otras, pues todos los cheroquis aspiran á ser ciudadanos de México.

Seguramente, estos emigrantes pueden considerarse como una adquisición de inmenso valor. Los cheroquis se distinguen por sus excelentes condiciones físicas, por sus hábitos de trabajo y por sus aptitudes para la vida sedentaria y civilizada. De color muy claro, robustos y de gran estatura los hombres, esbeltas y graciosas las mujeres, constituyen un elemento étnico de gran importancia para el porvenir de la verdadera raza hispano-americana. Por otra parte, proyectan vender á los yanquis las tierras que poseen en el Territorio Indio, y por consiguiente, irán á México con buenos capitales que han de invertir en los trabajos de colonización. Suponemos, pues, que el gobierno mexicano se apresurará á otorgarles las concesiones que soliciten.

La cuestión financiera es la que más preocupa á los gobernantes de la nueva República cubana. Buscando recursos á todo trance, porque sobre las atenciones propias de un estado soberano, hay que satisfacer las exigencias de los que tomaron parte, con las armas, en la pasada guerra, y piden sueldos ó recompensas que se les ofrecieron. Se ha acordado hacer un empréstito de 35 millones de pesos para pagar al disuelto ejército revolucionario y para estimular ó favorecer los trabajos del campo. Pero resulta que ese ejército fué tan numeroso que, si se presta crédito á todos los que reclaman algo, debió pasar de 60.000 combatientes. División hubo de 500 á 1.000 hombres, que ahora, cuando se trata de cobrar, aparece con un cero más á la derecha. Todos se llaman á la parte, y se pretende que entre los individuos del ejército libertador que no disfrutaron destino público se reparta, desde luego, el excedente de casi dos millones de pesos con que se ha saldado el último presupuesto.

La situación económica es, pues, difícil; de aquí impuestos generales y provinciales; gravámenes sobre cerillas fosfóricas, cigarros, licores y otras materias; disgusto en la Habana y cierres de establecimientos comerciales, y por fin, propósito de restablecer la tan odiada lotería, á la que tanta afición, sin embargo, tienen muchos cubanos, como lo demuestra el hecho de que, después de abolida por los yanquis, se han venido introduciendo en la isla billetes de la lotería española y de otras extranjeras. Y la verdad es que si el dinero cubano ha de favorecer á los demás Estados ó á sus empresas loteras, vale más establecer la lotería nacional cubana y aprovechar, en beneficio propio, la afición de los jugadores.

La *Gaceta* oficial de Honduras nos trae el manifiesto dirigido á los hondureños por el presidente constitucional de la República, general D. Manuel Bonilla.

Empieza dedicando un recuerdo á los ilustres padres de la patria que organizaron la República federal de Centro América, y termina declarando su propósito de estrechar los vínculos con las Repúblicas vecinas y hermanas, las que en unión de Honduras formaron la antigua federación. «Centro América, dice, podrá volver á ser lo que fué si las secciones disgregadas se aproximaran, cada vez más, por la unificación de intereses y la analogía de instituciones. Y si á esto se agregan medios de comunicación que nos pongan en contacto inmediato con todos los centroamericanos, entonces podría decirse fundadamente que estaba restaurada la Nacionalidad; entonces no habría más que convertir *el hecho en derecho*, y la obra quedaría concluída. Allí debemos encaminarnos, en la justa confianza de que llegaremos al fin propuesto. Esta es mi esperanza, y es al mismo tiempo el ideal de la juventud hondureña.»

Las últimas noticias de Venezuela son muy satisfactorias. Matos se da por vencido, deponen las armas y lanza un manifiesto declarando que se halla dispuesto á reconocer el gobierno de Castro, á condición de que éste ofrezca amnistía y garantías de seguridad á todos los que tomaron parte en la revolución.

Muchos venezolanos atribuyen la frecuencia de las guerras civiles y especialmente el conflicto con Alemania é Inglaterra á la excesiva ingerencia que los extranjeros tienen en la vida política y financiera de la República. Para evitar este peligro en lo sucesivo, dictó el gobierno, en abril último, un decreto que ha caído como una bomba sobre los extranjeros residentes en Venezuela.

Según dicho decreto, los extranjeros domiciliados ó transeúntes no deben mezclarse en los asuntos políticos de la República, ni en cosa alguna referente á ellos, y en consecuencia, no podrán formar parte en sociedades políticas, ni editar periódicos políticos, ni escribir sobre asuntos de política interior ó exterior del país, ni servir oficinas ó empleos públicos, ni pronunciar discursos que de alguna manera se refieran á la política nacional. El que contraviniera estas disposiciones será inmediatamente expulsado.

Si con ellas se evita un daño, acaso se producirá otro mayor, pues es posible que cesen ó disminuyan considerablemente la inmigración y la introducción de capitales en la República.

En las elecciones presidenciales del Perú han triunfado los partidos constitucional y civilista alia-

dos contra los demócratas. Ha sido elegido presidente el jefe del partido civilista D. Manuel Candamo, y vicepresidentes primero y segundo un constitucional y un civilista. Candamo es presidente de la Cámara de Comercio de Lima y ha sido alcalde de esta ciudad y presidente del Senado. Es hombre de unos sesenta años y se distinguió mucho en la guerra del Pacífico. Entrará en funciones el próximo septiembre.

Los últimos días de mayo y primeros de junio fueron de solemnes fiestas en Buenos Aires y en Montevideo.

Llegó al Río de la Plata numerosa delegación de jefes del ejército y de la armada de Chile, presidida por el vicealmirante Montt, que iba á devolver, en nombre del gobierno y pueblo chilenos, la cortés y cordial visita de la Comisión que el presidente argentino envió á Valparaíso y Santiago con motivo de los recientes tratados de paz y arbitraje.

Es indescriptible el entusiasmo que en aquellos días de mayo reinó en Buenos Aires. Y causa, ciertamente, había para ello; las dos grandes Repúblicas del Sur de América que no ha mucho se armaban una contra otra, se unían en fraternal abrazo. Ya no hay duda de que la paz está hecha, decía un periódico de la capital argentina, *El País*; paz sólida é inmovible, unión de pueblos, confraternidad de gobiernos. Se ha ratificado la alianza tácita entre los dos pueblos que, en adelante, harán causa común para la defensa de sus propios derechos é intereses, que son los derechos é intereses de la América meridional. Y al final de elocuente discurso exclamaba el presidente Roca: «Bastó un movimiento de sana y juiciosa inspiración para que las perspectivas de la lucha armada se alejaran para siempre... Los vínculos de la historia y de la raza han de completar la obra.»

El 2 de junio desembarcaban en Montevideo los comisionados chilenos; y el gobierno, las corporaciones y el pueblo uruguayos rivalizaron también en festejar y agasajar á sus huéspedes. Volvieron después éstos á Buenos Aires, y se renovaron las fiestas.

Chile había ido al Río de la Plata para dar público testimonio de su intimidad con las Repúblicas de una y otra orilla, y el Uruguay se prepara para hacer solemne demostración de afecto á la República vecina. Batlle Ordóñez, el presidente uruguayo, proyecta cordialísima visita al presidente argentino, y se propone á la vez demostrar que todos los partidos de su país se hallan identificados en las mismas aspiraciones de concordia interior y de fraternidad internacional, para lo cual han de acompañarle en su expedición á Buenos Aires las personas más caracterizadas en las diversas parcialidades políticas del Uruguay.

Estos son los caminos para llegar al complemento de la obra grandiosa á que aludía Roca. Pueblos que son unos por la raza y por la historia, unos tienen que ser también en todas las manifestaciones de la vida política. No hay, no debe haber intereses opuestos entre los pueblos de la América meridional. Menester es seguir por la senda emprendida, para afirmar y robustecer la solidaridad de las naciones del Sur de América, para darles incontrastable fuerza de acción y resistencia y llevar á todo el mundo el convencimiento de que la América del Sur es para los suramericanos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

PENSAMIENTOS

El hombre ocioso sólo se ocupa en matar el tiempo, sin ver que el tiempo es quien nos mata.

- El amor en el matrimonio, ese ensueño de los graves moralistas, es el patrimonio natural de las almas sencillas.

- Una novedad se aclimata pronto en nuestras costumbres cuando nos emancipa de un deber.

- Ninguna sociedad humana tiene el monopolio del vicio; cuando una capital se indigna por los escándalos de otra, las más de las veces es Sodoma denunciando á Babilonia.

- El alma humana, como el mar, tiene olas de fondo que antes de surgir con violencia apenas se revelan por los surcos de la superficie.

G. M. VALTOUR.

Allí donde el culto de Plutón prevalece sobre el de Minerva, hay que esperar que abundarán las bolsas llenas y las cabezas vacías.

FEDERICO II.

Si un «pensamiento» de tres líneas no deja en vuestro ánimo la impresión de que podría consagrarse un capítulo, carece de valor.

ALFREDO THOMEREAU.

ANTONIO ESTRUCH Y SUS CUADROS BÍBLICOS EXPUESTOS EN EL SALÓN PARÉS

Nuevo é interesante aspecto ofrece en estos momentos la periódica y regular manifestación artística de que es muestra y teatro el Salón Parés. En sus amplios paramentos no se destacan los estudios ó cuadros de caballete que con raras excepciones constituyen, desde hace algunos años, la permanente exhibición, que se acentúa y toma cuerpo á medida que disminuye el estímulo que antes alentara á nuestros artistas.



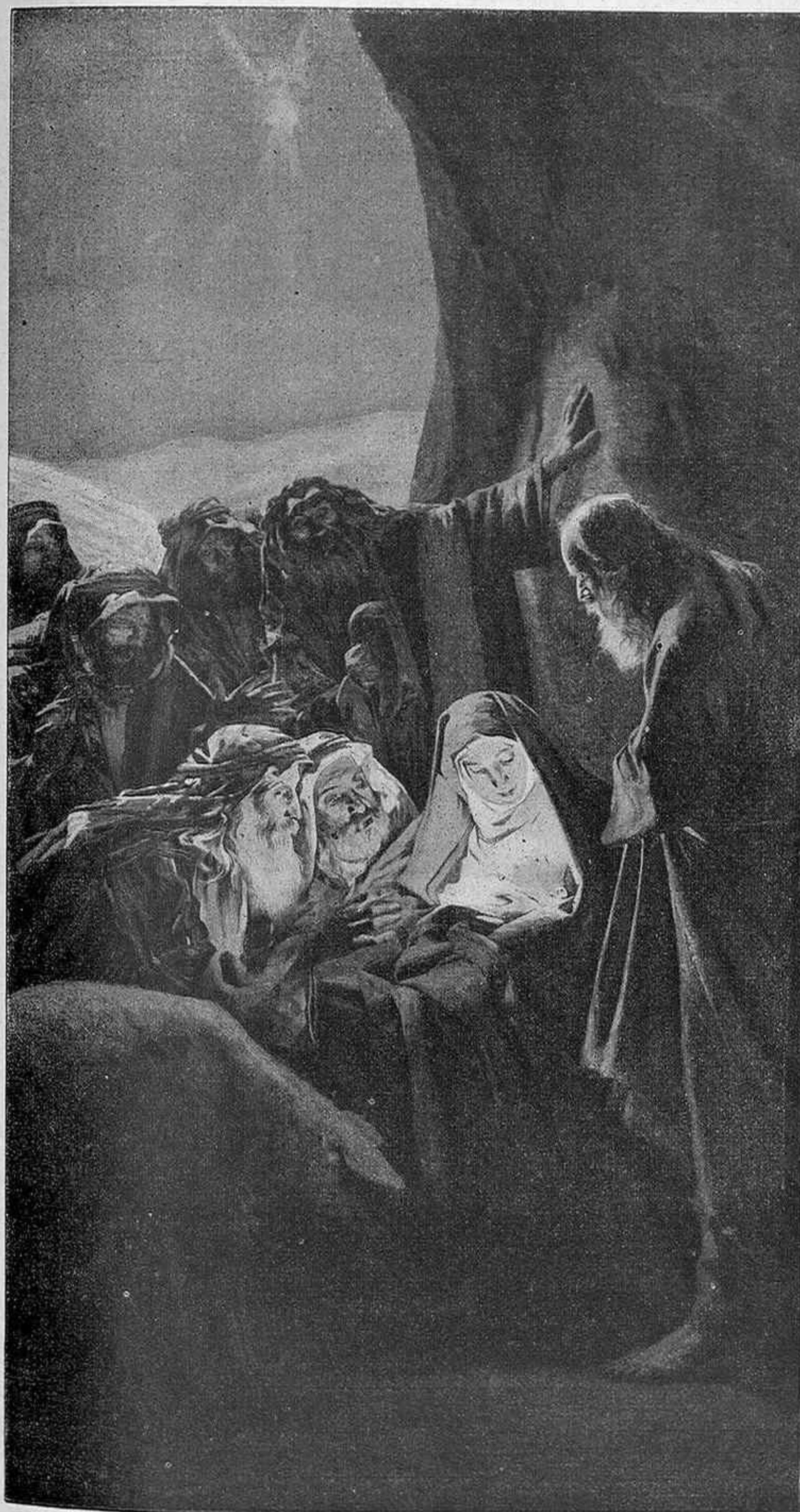
ANTONIO ESTRUCH

De ahí que los grandes lienzos expuestos por el joven pintor Sr. Estruch revistan los caracteres de un verdadero acontecimiento artístico, así por su número y dimensiones, como por el tema escogido por el artista y por su recomendable ejecución. Trátase de diez composiciones de asunto ó carácter bíblico, puesto que representan otras tantas escenas ó acontecimientos de la vida de Jesús, y por lo tanto de otras tantas producciones distintivas por su doble aspecto histórico-religioso.

Difícil es la empresa acometida, pues el Sr. Estruch ha debido tener en cuenta que nuestra época exige otra significación de la que antes tuvieron esta clase de producciones, ya que informan otras ideas y precisan otras formas de producción. Esto no quiere decir que el pintor á que nos referimos haya resuelto por completo el problema planteado, pero sí es innegable que la manifestación que ha realizado es

asaz interesante y digna de aplauso. La crítica podrá hallar con la punta de su cortante escarpelo puntos vulnerables, pero en cambio no logrará destruir con sus severos y apasionados juicios las condiciones y méritos que avaloran los cuadros. Podrá ser que el Sr. Estruch no haya podido, en sus representaciones, dar cuerpo y forma á la creencia de manera, según imponen las corrientes modernas, que se observe en ellas algo de aquella divina palabra, cuya luz inextinguible ilumina nuestro cerebro, flota en la inmensidad del espacio y vibra potente en nuestro oído, aportándonos consuelo y aliento para el espíritu; pero no cabe la menor duda que esos ideales son los que han alentado al artista y que éste ha logrado manifestarse como tal, ya que de otra suerte no hubiese podido resolver con tanto acierto sus composiciones, agrupar las figuras y trazarlas con la corrección y seguridad que en varias de ellas se observa, avalorando el todo con la hermosa y castiza gama de su paleta.

Confesamos paladinamente que el esfuerzo que la exhibición representa nos ha sorprendido agradabilísimamente, y que esta impresión tomó cuerpo, se agrandó, al conocer los antecedentes del artista. Perteneciente á una modesta familia de Sabadell, recibió las primeras nociones de dibujo en su ciudad natal, ampliándolas después en la Escuela de Bellas Artes de Barcelona. Su



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES, cuadro de Antonio Estruch

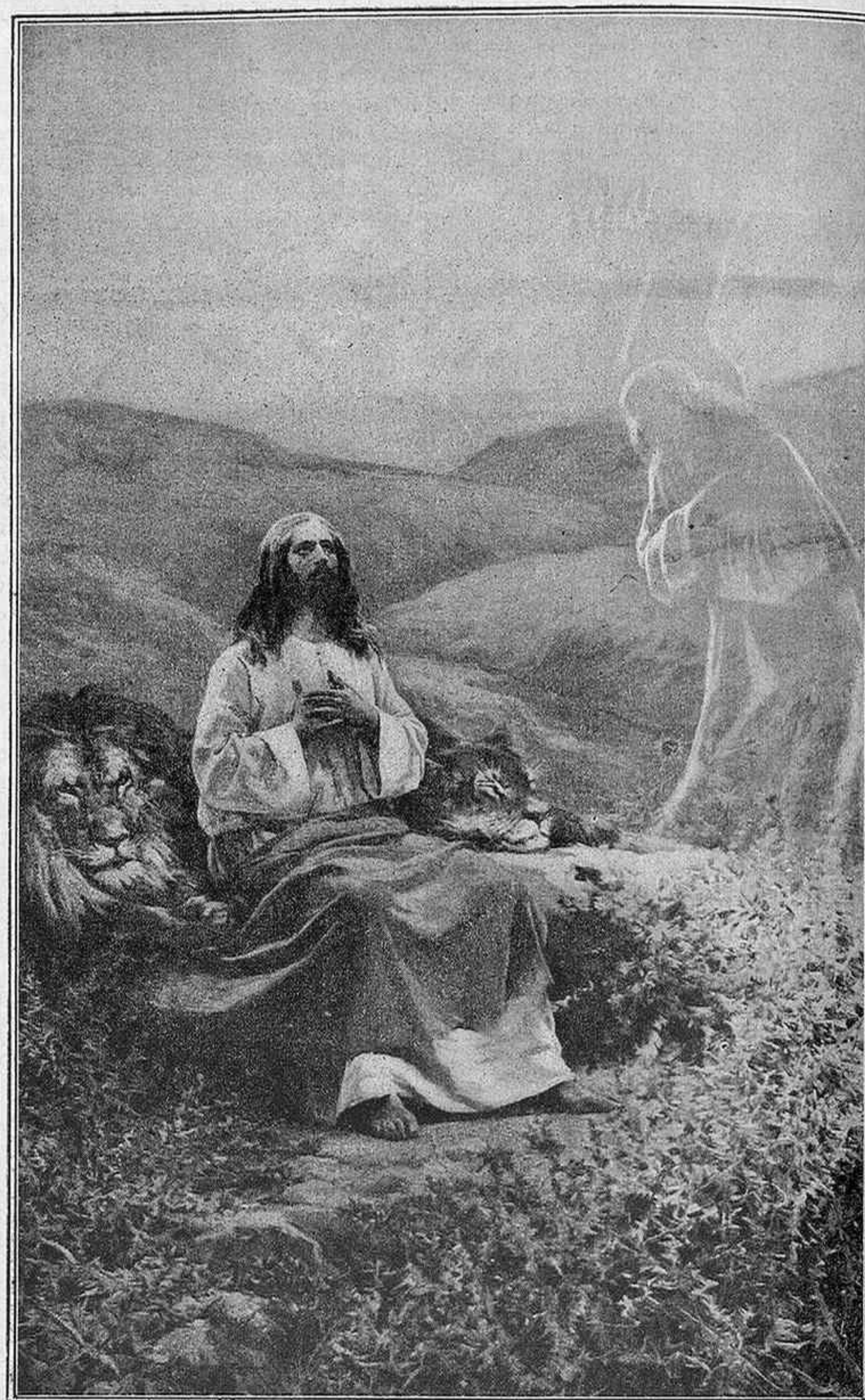


JESÚS EN EL TEMPLO DISCUTIENDO CON LOS DOCTORES DE LA LEY, cuadro de Antonio Estruch

aplicación y aptitudes le reportaron una pensión, que le permitió proseguir en Madrid sus estudios; mas la circunstancia de haberle deparado la suerte un decidido protector, en quien se hallaban reunidas la fe del creyente y el entusiasmo que el arte le inspirara, permitiéronle trasladarse á París y Roma, en donde pudo estudiar las obras de los grandes maestros y recibir las provechosas enseñanzas de Benjamín Constant y de Paul Laurent. Posteriormente, y después de haber pintado para su bondadoso mecenas y amigo D. Francisco de P. Ponsá algunos cuadros de carácter místico y otro representando á Jesús y la Samaritana para el Museo Nacional de Chile, pudo realizar el anhelado deseo de visitar los lugares en donde se desarrolló el terrible drama que en-



BAUTISMO DE JESÚS, cuadro de Antonio Estruch



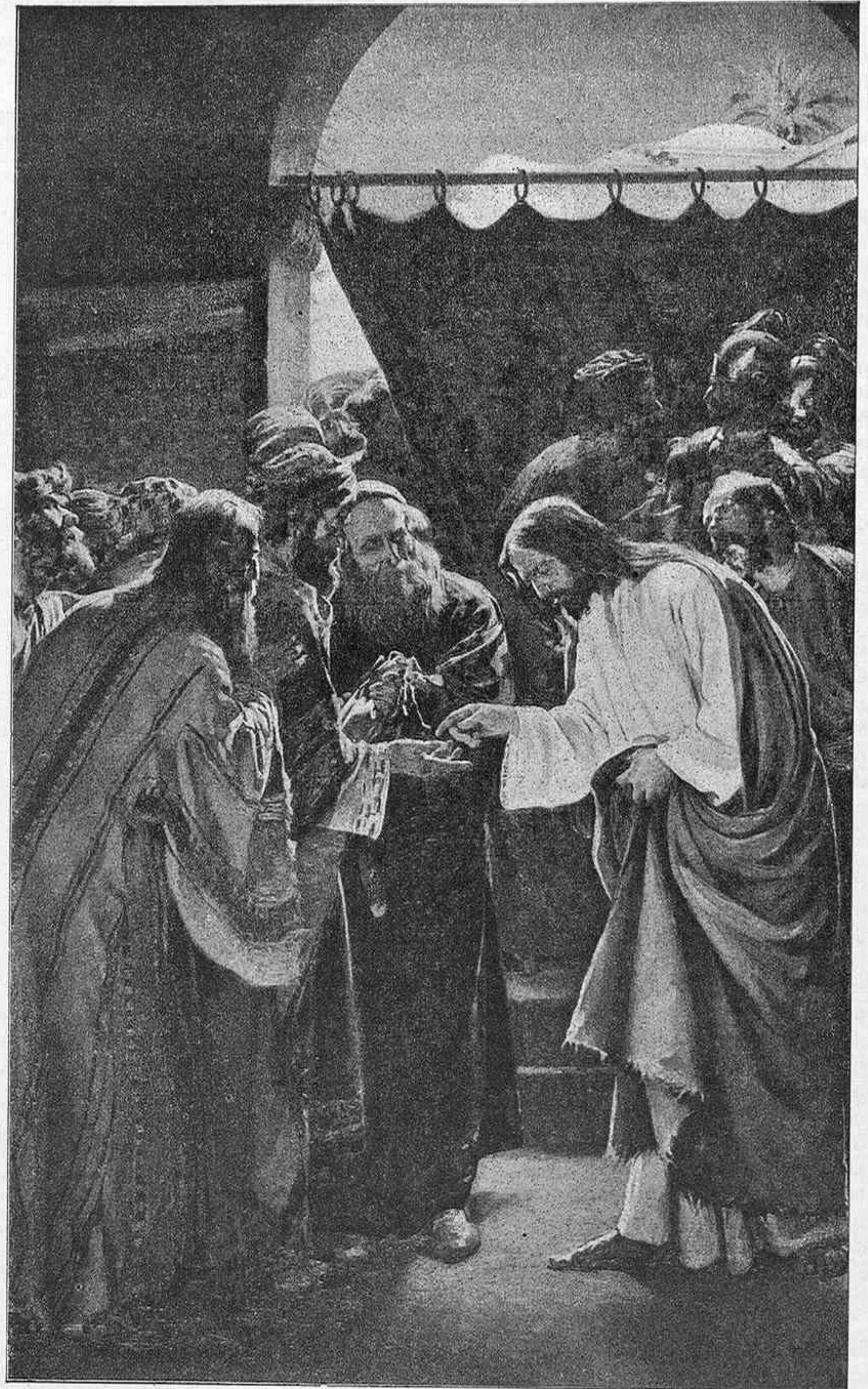
JESÚS EN EL DESIERTO, cuadro de Antonio Estruch



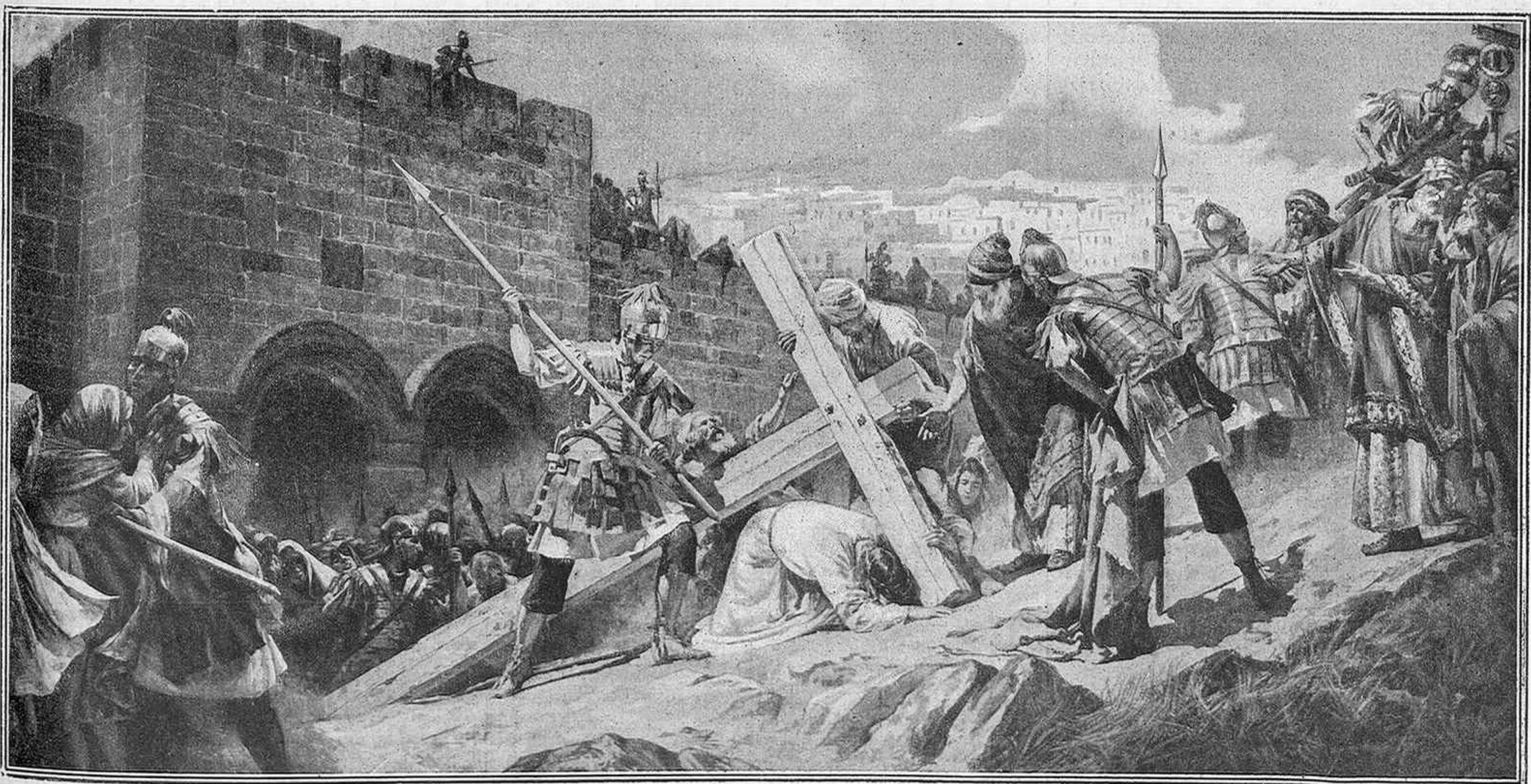
ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN, cuadro de Antonio Estruch



JESÚS Y LA SAMARITANA, cuadro de Antonio Estruch



DAD Á DIOS LO QUE ES DE DIOS Y AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, cuadro de A. Estruch



JESÚS EN EL CAMINO DEL CALVARIO, cuadro de Antonio Estruch

gendró la sublime idea, la santa doctrina que dió á la humanidad el lábaro de su libertad, de su esperanza y de su regeneración. Allí procuró empapar el artista su espíritu en cuanto evocara el recuerdo de Jesús; allí procuró vivir y sentir, y después de haber recogido los apuntes y estudios que se traducen en los notables cartones que sirven de complemento á la exhibición, emprendió la ardua tarea de ejecutar los grandes lienzos que motivan estas líneas, algunos de los cuales reunen, entre otros méritos, el de reproducir en sus fondos escenas, lugares y construcciones, la naturaleza, en fin, de aquel país, abriantada por derroches de luz que acusan los tonos y dan mayor vida y grandeza á las creaciones.

Bien haya el joven artista que tales armonías nos permite admirar, y bien haya quien generosamente le ha prestado su apoyo. A uno y otro, al par que nuestros parabienes damos expresivas gracias por haber autorizado la reproducción en nuestras páginas de tan notables obras.

A. GARCÍA LLANSÓ.

BOHEMIA

No sé por qué aquel día los dos amanecimos tristes, muy tristes, sintiendo un desperezo de cansancio en nuestro espíritu y un frío de vejez en nuestra alma. Los dos amanecimos tristes, muy tristes, como si en una sola noche hubiésemos vivido un mundo de amarguras, una vida de infortunios, de miserias, de lágrimas.

Triste, muy triste, mi pobre Call, mi escéptico bohemio apilaba sobre la mesa los pocos libros que nos quedaban en el cuarto, el único patrimonio de que disponíamos para toda una vida, el resto de un caudal de arte que á pedazos habíamos deshecho..., el último mendrugo de pan que nos tiraría á la cara la mano perversa de aquel librero que como un salteador de caminos nos robaba á sabiendas el más preciado de los tesoros, el tesoro de las inteligencias.

Para la acción de estos crímenes, para vender como unos miserables el caudal del genio, Call y yo nos habíamos sometido á un sorteo riguroso, á toda ley, y el pobre ejecutor volvía siempre rojo de vergüenza como criminal arrepentido, y triste, muy triste, cargado á su conciencia el pesado fardo de sus remordimientos.

Call era aquel día el condenado á perpetrar el crimen, á firmar la venta, era el verdugo de nuestros mártires, el que entregaría al bandido el oro de las páginas por la asquerosa manotada de calderilla.

Con el envoltorio bajo el brazo, mi escéptico bohemio me dejó al salir su diabólica mueca de siempre, la irónica sonrisa de sus amarguras, aquella mueca suya, que era una carcajada fúnebre, un chasquido de lágrimas, el sordo gemido de un alma física, el borboteo de jugo salitroso que subía á nublarse el cristal cetrino de sus ojos enfermos...

En lo más apartado, en lo más hondo, en el último rincón del Retiro, allí pasábamos Call y yo la mitad de la vida, allí vivíamos de día entregados de lleno á nuestras largas horas de solitario recogimiento. Siempre solos, siempre tristes, allí esperábamos las noches, las eternas y majestuosas noches de nuestras desventuras; allí veíamos morir las tardes, las tardes cálidas y templadas, calurosas y ardientes del estío...

Echado indolentemente sobre mi banco, vi á Call que con paso lento y perezoso avanzaba hacia mí por una senda cercana.

Al verle el envoltorio me estremecí, no sé si de alegría ó de miedo, pero, por lo menos, de duda.

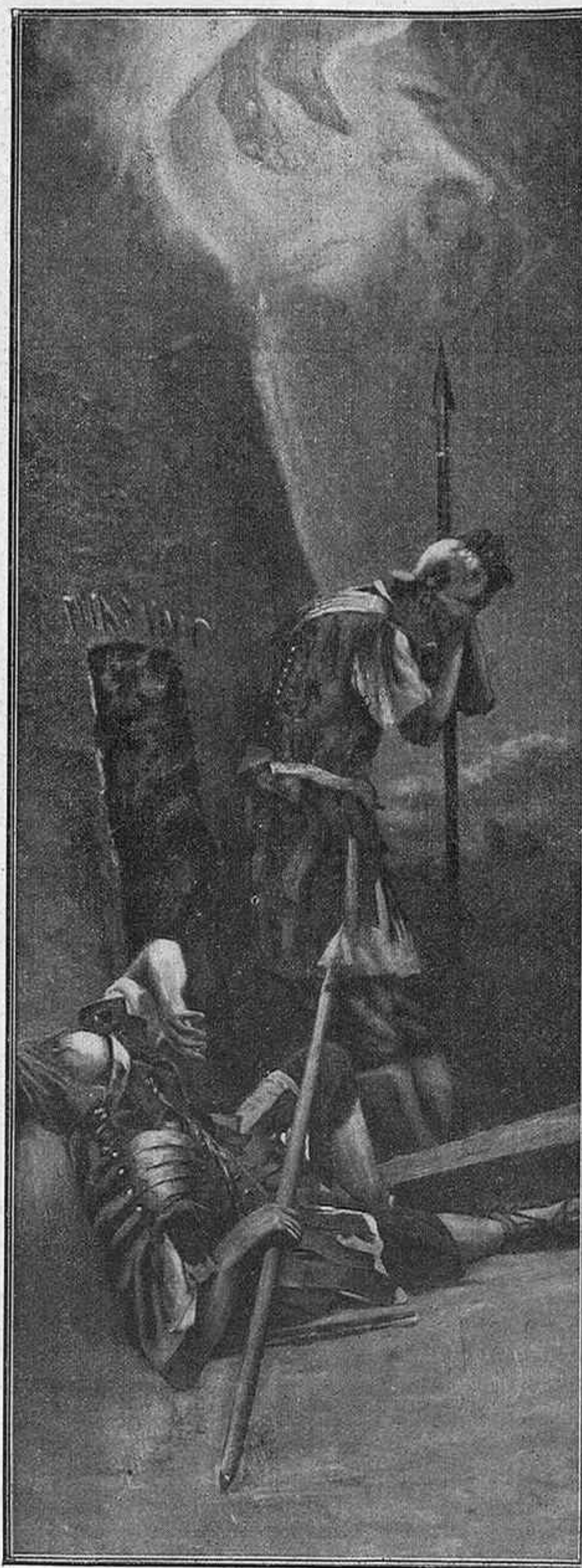
Call me dijo con su horrible mueca:

— Tus novelas..., mis cuentos..., ¡bah!, ¡qué chasco!, ¡qué risa!, no los quieren, no sirven, no tienen firma... Los obreros del montón, los anónimos, no comen, ¡qué risa, qué risa!..

Y empezó á recitar una estrofa volteriana que á mí me hacía mucho daño.

Acababa la tarde. Allá en la lejanía vestíase de negro la roja puesta del sol. El gris plomizo del horizonte recogía sus tonos multicolores entre los pliegues de un manto de estrellas que brillaban con el mariposeo de lucecitas blancas sobre bullones de terciopelo; frescas bocanadas de aire desplegaban el rizado ramaje de la arboleda, sobre cuyos troncos resacos apoyábanse nuestros bancos. El ritmo divino de la Naturaleza regalaba nuestros oídos con la plácida estrofa del anochecer. A intervalos llegaba hasta nosotros un rumor perfumado de voces lejanas: era el baho lujurioso del Madrid de las caricias, del Madrid á las seis de la tarde... Hasta los rezagados paseantes habían desaparecido; estábamos solos...

Mi pobre bohemio seguía abismado, fija la mirada en el libro de sus poemas, de nuestra vida negra... Yo no sé lo que pensaba Call, no sé dónde leía; pero su libro era mi libro, su leyenda era tam-



LA RESURRECCIÓN, cuadro de Antonio Estruch

bién mi leyenda... Sí, pensábamos en algo muy grande, inmensamente grande; en algo muy conmovedor, muy hondo y muy apartado de la vida... Mirando al horizonte pensábamos en el calvario de aquel Nazareno que cayó tantas veces aplastado por el peso de su gigante Cruz... Pensábamos en el gran reguero de sangre que derramó Jesús hasta llegar al Gólgota... Pensábamos en el Hombre de la pupila inmensa, en el coloso y Divino Maestro, pensábamos en Dios...

Un latigazo de nervios nos despertó de aquella especie de letargo en que yacíamos. Ligeras gasas de humo flotaron en el espacio, deshaciéndose como girones azules de un ramo de esperanzas... La segunda detonación vibró más potente, más llena; otra vez volvieron á esfumarse las gasas rizadas de negro, y entre el elegíaco aleteo del viento pareció cernerse el triste gemido de una agonía.

Call y yo nos miramos con asombro.

Un guarda que corría por nuestro lado nos contestó, jadeante y sin detenerse:

— Ha sido ahí, á la izquierda, á la bajada de ese cuadro de sensitivas...; corramos, corramos...

Y nos reunimos al guarda.

Allí estaba, tendido sobre el cuadro de verdes flores y casi cubierto por el rojo sudario de la sangre suicida. La luna, siempre generosa y espléndida, enviaba su destello de plata que como beso de luz reflejábese en el rostro destrozado del muerto, un hombre que tendría unos veinticinco años, sin salud, sin carnes y casi sin ropas.

Nadie le conocía. Dijeron unos que un *golfo*, uno del hampa... Otros que un honrado joven que meses antes vestía bien y frecuentaba Fornos. Al fin se supo que era un cubano, un anónimo, uno del montón, un pobre guarismo de la gran aritmética social.

Volvimos de noche. A nuestro paso, en lo alto de una acacia, un pajarraco nocturno entonaba su canción vespertina como salmo de vigilia al suicida de aquella tarde.

Por el camino me decía Call:

— Un cubano, un anónimo, un mísero guarismo de la tabla mundana, uno de nosotros, que en el último grado de tisis del espíritu buscó la puesta de sol para escribir sobre la alfombra de sensitivas el epílogo de su vida bohemia con el terrible plumazo de dos balas de revólver.

Y aquella noche, en el silencio de nuestro cuarto, sorprendí á Call que entre dientes decía una oración por el pobre suicida del Retiro.

Y acaso aquel claro destello que como un átomo de luz vi brillar en la oscuridad de su alcoba, fuera el último verso de la plegaria, alguna lágrima deshecha silenciosamente en la turbia retina de sus ojos enfermos...

ALBERTO CARRASCO.

COSAS DE LA GUERRA

De tanto en tanto pasaban por aquel pueblecillo batallones y regimientos que llenaban casas y calles con el alegre clamoreo de la juventud despreocupada y saludable que, desafiando afanosos constantes peligros, ve llegar un día de paz y descanso, y promete dar á su espíritu grato esparcimiento. Aquellas oleadas de bullicioso regocijo parecían vivificar al pueblo, de donde huyó la gente moza absorbida por la guerra, que no dejó en él sino viejos agobiados por la pena más que por los años, madres llorosas y muchachas á quienes la soledad aburría.

La Flor de Loto era el nombre de la única posada del pueblo, y la razón de que fuera bautizada con tan poético nombre cosa es que no pude averiguar; mas como no es detalle imprescindible, contétese el bondadoso lector con saber que Rosa María era la encargada de servir á la parroquia, formada por algunos viejos que al anochecer reuníanse en *La Flor de Loto* para apurar algunos vasos de vino y hablar de la guerra. Y eran tan descabellados y fuera de tino los hechos y cosas que se referían, que hubieran provocado la hilaridad de quienes no participasen del entusiasmo rudo de aquellas buenas gentes, que desde el portalón de la posada en invierno y desde el jardín en verano pretendían arreglar á Francia.

Rosa María movía su cuerpecillo grácil con agilidad, deslizándose rápida y silenciosamente por entre los bebedores, para los cuales no le faltaba nunca una palabrita dulce y una sonrisa más dulce que la palabra.

¡Y que no estaba angelical y seductora Rosa María con su delantal blanco como la nieve no hollada, y su carita limpia, y sus ojos charloteros y chispeantes, y la sonrisilla de su boca diminuta, sonrisilla que daba á su cara encanto inconcebible!..

¡Vamos, que daba gozo mirarla y era todo lo bueno que hay que ver en el mundo!

Esto lo aseguraba Federico, un muchacho delgado y enclenque que no pudo tomar las armas porque su escasa salud no le permitía otra cosa que comer muy poco y sin ganas, pasar las noches desvelado por una tos pertinaz que le robaba el sueño y las fuerzas, y los días al sol, tumbado perezosamente boca arriba, fija la mirada melancólica de sus grandes ojos en el infinito y el pensamiento en Rosa María, por la que hubiera sido capaz de todos los sacrificios imaginables, puesto que era tan buena y tan piadosísima que le quería con delirio tal y como se encontraba de inútil que no valía para nada bueno.

Verdad es que tales amores databan de cuando Federico era un mozo cabal y hombre fuerte y robusto. Ella había visto muchos amaneceres contemplándole embobada y jurando amarle siempre con todas las fuerzas de su alma.

Cuando más dulce era aquel idilio y más felices se las prometían nuestros enamorados, llegó un día de triste recordación: el fuerte y saludable muchacho cayó en la escalera de su casa con un saco de tigre á cuestras, que subía al granero, y la caída le dejó lisiado.

Federico tuvo que guardar cama muchos días, y al dejarla, el médico le aseguró, para no desespeararle, que tardaría mucho en volver á ser lo que había sido.

Con tan tristísimas noticias fuése á ver á su amada, que le encontró desfigurado.

Y allí fueron las lágrimas y las congojas angustiosísimas de ella, la renovación de los juramentos de fidelidad y amor eterno, las súplicas de que se cuidase bien y un beso (el primero) largo y gimiente,

que probaba evidentemente al muchacho que el amor de Rosa María era algo más que palabras y promesas.

A todo esto siguieron las oraciones fervientes de la preciosa niña, que rogó incansable a la Virgen por la salud de Federico, ofreciendo ir en peregrinación al santuario y recorrer de rodillas muchas veces la iglesia si curaba al muy amado, aunque no le dejase tan hermoso y robusto como antes de la caída. Federico renegaba.

¡Dios santo! Y poco que sufría él con aquella poquedad de fuerzas que le consumía, y aquel desmayamiento y aquella fatiga pertinaz que le ahogaba... ¡Vamos, que ser hombre y estar en el mundo para eso: para no servir para nada!.. ¿Y todo por qué? ¡Si daba risa la cosa! Por haberse caído con un saco de trigo... ¡Dios, vaya una rareza! Un hombre vive y está robusto y se cree invencible, y un día tropieza y ya no hay hombre. ¡Mira que eso!

Y aquella era la verdad. Él podía atestiguarlo. ¡Si parecía mentira que uno fuese tan poca cosa!

Lo que más daño causaba á Federico era que hablando de la guerra y de los mozos del pueblo que fueron á tomar las armas, le preguntasen:

- Y tú, ¿por qué no vas?

- ¡Caramba! Porque no puedo moverme. ¡Ni trabajar media hora seguida puedo!

Y se lamentaba de que su padre, viejo y todo como estaba, tuviese que trabajar para auxiliarle, mientras que él le miraba cruzado de brazos ó recostado en la hierba, recibiendo la ardiente caricia del sol que le fortificaba aunque paulatinamente.

También sufría lo indecible Federico cuando pa-

saba por el pueblo algún regimiento y la posada *La Flor de Loto* se llenaba de oficiales alegres y decididos que piropeaban á Rosa María, propasándose á veces á atrevimientos que ponían en peligro la castidad de su adorada; pero ella, sonriente siempre, esquivaba chicoleos y caricias, y cuando algunos se ponían excesivamente tercos, encargaba al amo de la posada, quien la quería como á hija, que continuase sirviendo á los atrevidos, mientras ella le substituía en la cocina.

En una ocasión se disponían á comer unos oficiales en el patio de la posada, y al aparecer Rosa María con una cazuela en la que humeaba apetitoso guiso, uno de los comensales, aprovechándose de que la muchacha no podía defenderse con las manos, quiso darla un beso, caricia que evitó ella con movimiento rápido de cabeza y uno de los oficiales conteniendo al atrevido galanteador. De resultas de aquella escena hubo una cuestión entre Federico y el oficial, que á poco termina en duelo.

Lo que no sucedió en el pueblo en mucho tiempo acabó por ocurrir. Parte del ejército enemigo estaba á la vista y se dirigía á él. La alarma fué inmensa. Habíanse contado infinitas atrocidades de la guerra para que dejaran de sentir miedo y angustias inconcebibles. Para colmo de males no había en tan críticos momentos quien defendiese aquellas cuatro casas. Todos estaban alborotados y ninguno sabía qué hacer para aprestarse á la defensa.

En la posada la animación era extraordinaria; todos hablaban á la vez sin entenderse.

Rosa María, pálida y temblorosa al ver pálidos y temblorosos á los demás, escuchaba con la boca abierta las terribles predicciones de los más cobardes. Federico, á su lado, la contemplaba con ojos

brillantes, envidiando la suerte de los que saludables y robustos podían luchar. Vea el miedo retratado en las lindas facciones de su adorada y sentía crispaciones de nervios y rabia inconmensurable

día y aquella caminata le habían producido angustioso cansancio; su padre y el posadero les habían adelantado mucho.

El miedo les hizo olvidarse de todo.

- Rosa María. Anda, ve-te con ellos; yo seguiré despacio y ya os alcanzaré.

La muchacha dijo que no. ¿Cómo iba á abandonar-le? No, no era posible.

El instaba: si estuviera fuerte y robusto como en otros tiempos, nada le importaría á él, porque tenía valor de sobra para defenderla; pero ¡encontrándose como se encontraba!..

Tuvo que sentarse á descansar. Rosa María se sentó á su lado. Tenía entre las suyas la mano derecha de Federico y la notaba calenturienta y sudorosa. El mozo miró hacia el pueblo que quedaba allí lejos, acariciado por la tibia luz de la luna, abandonado. ¿Por qué no estaría él bueno y en la guerra?

Ver aquello le causaba un desconsuelo acongojante. A más, allí á su lado estaba Rosa María expuesta por él á todos los peligros. Si él no hubiera estado en el pueblo, ella estaría lejos, como los demás y libre de toda contingencia.

Como si le hubieran pinchado se puso en pie en un estremecimiento de todos sus nervios. Acababa de sentir los pasos de alguna persona que se acercaba sigilosamente: su amada le imitó. Cerca de ellos había un soldado enemigo, tal vez un explorador, quizá un imprudente que quiso reconocer los alrededores del pueblo á que acababan de llegar los compañeros.

La luna daba de lleno en la carita fina y delicada de Rosa María; presentábase á la vista como un ángel ó como misteriosa hada de la noche.

Tal impresión causó en el soldado, que sin fijarse

en Federico quedó un momento contemplándola, y después, aguijoneado por el deseo, extendió sus brazos hacia la débil niña.

Federico lo olvidó todo; su falta de fuerzas, sus fatigas, sus desalientos, y con ímpetu salvaje se abalanzó hacia quien pretendía quitarle lo que para él era más que el mundo entero.

La lucha fué breve; los combatientes rodaron por el suelo. El mozo apretaba con fuerza la garganta del enemigo, que sorprendido no supo defenderse. Rosa María, espantada, sin fuerzas para gritar, los contemplaba con los ojos muy abiertos. Quiso hacer un esfuerzo para ayudar á su amado y no pudo moverse; estaba alelada y fría como el mármol.

Por fin sintió que Federico la cogía por un brazo y le decía:

- ¡Vamos!, ¡de prisa!

- ¡Federico!

- Andando; no hay que perder tiempo, pudiera volver en sí...

Y corrieron durante algunos minutos, internándose en el monte, apoyados el uno en el otro.

Por fin se detuvieron. El mozo se dejó caer en el suelo sin fuerzas; Rosa María se sentó junto á él y le hizo apoyar la fatigada cabeza en su falda.

- ¿Te sientes mal?, le preguntó.

- No, Rosa María; nunca estuve mejor ni más contento; á pesar de no valer para nada, te he servido de algo... Oye, hasta me alegro de la caída que dí y que me inutilizó; porque si hubiera estado bueno y en la guerra, ¿qué hubiera sido de ti esta noche?

La luna derramaba sus rayos sobre el grupo que formaban y parecía acariciarlos suavemente.



Uno de los comensales, aprovechándose de que la muchacha no podía defenderse con las manos, quiso darla un beso...

hacia los que la hacían estar temerosa y encogida.

Luego, como quien acaba de tomar una resolución heroica, acercando su cara á la de la joven dijo:

- Rosa María.

- ¿Qué?

- No tengas miedo, no tiembles; que estoy yo aquí.

Y había tal decisión y valentía tanta en sus palabras, que Rosa María, á pesar de verle tan débil y para poco, se sintió más tranquila y apretó nerviosamente la mano de su novio diciendo:

- ¡Ya lo sé, Federico, ya lo sé!

La noche avanzaba; las tropas enemigas debían encontrarse á cuatro pasos del pueblo, y aquellas pobres gentes, conociéndose débiles y desarmadas, determinaron internarse en los montes inmediatos y esperar allí los acontecimientos.

Así se hizo, y el último grupo que salió del pueblo lo formaban Rosa María, el amo de *La Flor de Loto*, Federico y su padre. Los dos viejos iban delante todo lo de prisa que podían, acosados por el miedo, sin cuidarse de nada, con el egoísmo de los cobardes. Federico detrás dando la mano á Rosa María, que temblaba.

La luna brillaba en el cielo y alumbraba la huída de aquella indefensa y acobardada gente pacífica, la fuerza del enemigo les abrumaba. Los más valientes apretaban los puños con rabia al considerar su impotencia: lo más florido del pueblo estaba en la guerra, y entre los que huían apenas hubieran podido reunirse media docena de hombres capaces de soportar un día de lucha y de fatigas. Los demás eran viejos, mujeres y niños, y todos estaban desarmados.

Federico empezó á fatigarse. Las emociones del

(Dibujo de F. Mota.)

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.



Danza española, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)



Hojas caídas, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)



Abandonados, cuadro de Luis Nono. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

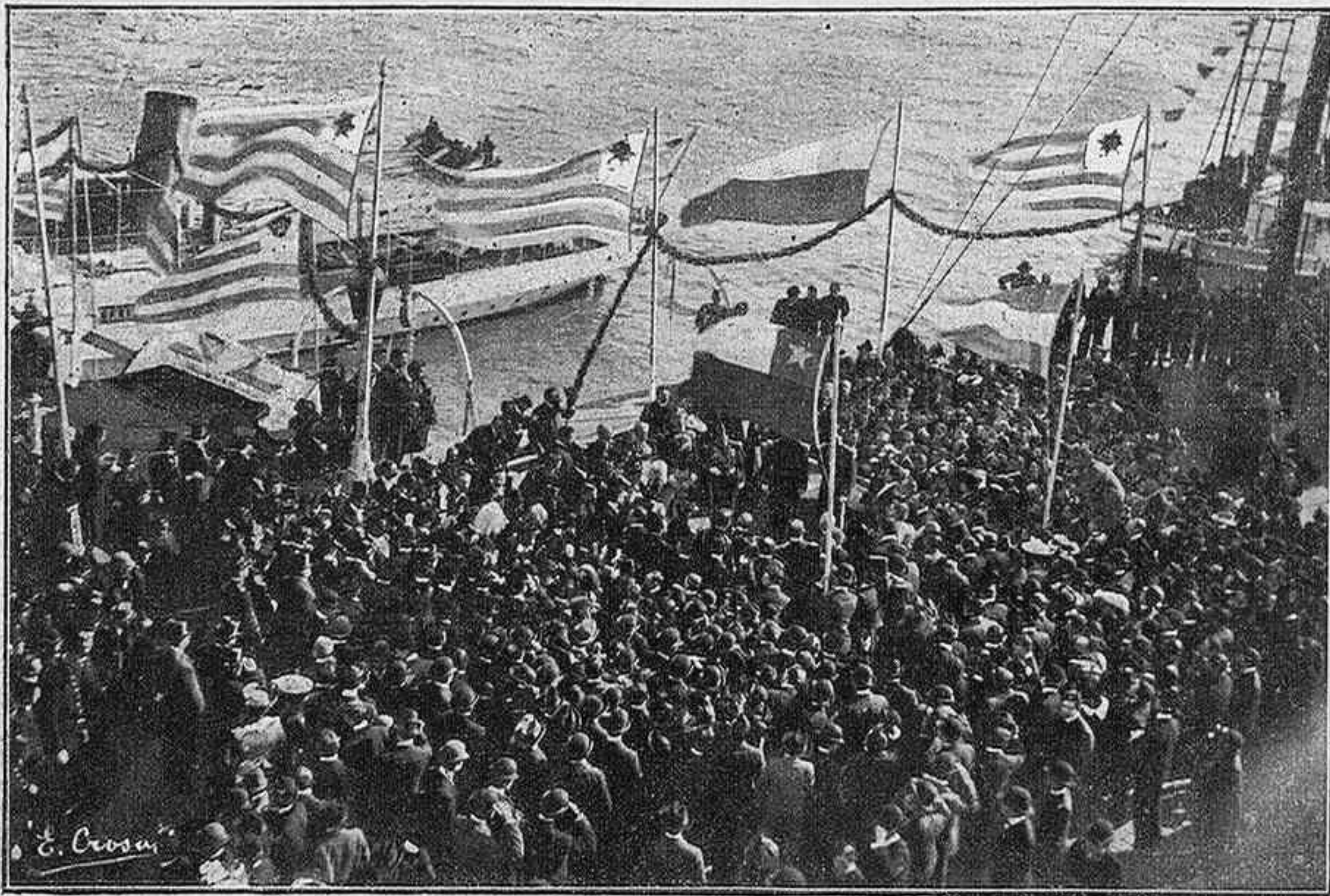


Junto al canal, cuadro de Héctor Tito. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

CONFRATERNIDAD AMERICANA

DELEGADOS CHILENOS EN EL URUGUAY

Las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, cuya reputación de turbulentas han explotado en Inglaterra y Norte-América los que tienen interés en calumniarlas para medrar mejor al



REPÚBLICA O. DEL URUGUAY. — MONTEVIDEO. — Llegada de los delegados chilenos (de fotografía de E. Crosa, remitida por los Sres. Bertrán y Castro, sucesores de Cuspina, Teix y C.ª)

amparo del descrédito, acaban de dar al mundo entero el espectáculo hermoso de la iniciación de una era de acercamiento e inteligencia, que ha desvanecido para siempre las alarmas y terrores de futuros conflictos, cuyos pretextos eran las cuestiones de límites que, desde la época de la emancipación de la metrópoli, habían persistido por la falta de verdadera orientación en materia internacional.

En efecto, ha bastado que los gobiernos sudamericanos interesados en los litigios se propusieran seriamente resolver las dificultades que alejaban a sus respectivos países, por medio del arbitraje, para que las repúblicas argentina y brasileña, en primer término, zanjaran el pleito secular de las Misiones, y tiempo después, la primera de las precitadas repúblicas y la chilena dirimieran pacíficamente, por laudo arbitral, el no menos secular litis sobre quién tenía mejores derechos a la posesión del inmenso e inexplorado territorio de la Patagonia.

Conviene no olvidar que, con anterioridad a la realización de los pactos que acaban de sellar la paz entre las mencionadas naciones, la República del Uruguay dió un ejemplo sin precedentes en los fastos históricos del derecho público, devolviendo al Paraguay los trofeos que le tomó cuando la guerra de «la Triple alianza» contra el mandatario López, y dando por cancelada la deuda impuesta como contribución de guerra.

Dicho acto de desprendimiento, aunque hasta la fecha no haya sido imitado por los aliados del Uruguay en aquella cruenta y desoladora campaña — que, dicho sea de paso, costó al Paraguay su poderío como potencia de primer orden entre las naciones de la América latina, — ha tenido como consecuencia la presentación de un proyecto de ley en el Congreso argentino, a fin de que este país imite al uruguayo en su conducta generosa para con el pueblo vencido.

Las guerras internacionales no son hoy por hoy posibles en Sud-América. Pueblos y gobiernos, todos están plenamente convencidos de la necesidad imperiosa de la paz, para desarrollar las ingentes riquezas que encierra el continente colombiano y para hacer de él uno de los poderosos y activos agentes de civilización latina en el mundo.

Inspiradas en esta plausible tendencia y quizás también en la urgente necesidad de estrecharse, previendo contingencias ulteriores, dadas las ambiciones desmedidas y la falta de escrúpulos de algunas potencias europeas — como lo han demostrado Inglaterra, Alemania e Italia en su reciente ataque a Venezuela, — las Repúblicas de Chile, la Argentina, el Brasil y el Uruguay fraternizan en fiestas y regocijos públicos, de resonancia mundial.

Una representación del gobierno del Sr. Riesco devolvió al gobierno del señor general Roca la visita que la delegación argentina hizo al pueblo chileno para el canje de los pactos y acuerdos últimamente firmados y ultimados, y ambas visitas han dado origen a intensas y espontáneas manifestaciones de alegría en Santiago y Buenos Aires, en cuyas capitales autoridades y muchedumbres han rivalizado en obsequiosidad y cultura y han recibido a sus huéspedes con recepciones verdaderamente grandiosas.

Los comisionados chilenos, con motivo de su viaje y estancia en Buenos Aires, hicieron una visita de dos días al gobierno y pueblo uruguayos, quienes, con esa hidalguía propia de la raza de que descienden, recibieron dignamente a los delegados de la gran República del Pacífico.

La recepción que el público montevideano tributó a la Comisión chilena fué tan cordial como entusiasta. Miles de personas, a cuyo frente iban las primeras personalidades del país, esperaron en los muelles el desembarco de los chilenos y les acompañaron al domicilio que se les había destinado, en medio de vítores y aplausos calurosos y ostentando en el pecho cada manifestante una escarapela con los colores combinados de las banderas chilena y uruguaya.

En el lujoso hotel donde aquéllos se hospedaron se celebró en la mañana del día de su arribo — 2 de junio último — el banquete que en obsequio de los visitantes dieron los ministros de la Guerra y de Relaciones Exteriores, general D. Eduardo Vázquez y doctor D. José Roméu, con asistencia del cuerpo diplomático y de miembros de la magistratura y del ejército.

En la noche del mismo día, el Excmo. presidente Sr. Batlle y Ordóñez obsequió al vicealmirante Mont y al general Vergara, jefes de la delegación, con un espléndido banquete en el Palacio de Gobierno, en cuyo acto cambiáronse significativos discursos, en los que se hicieron resaltar la cordialidad estrecha de relaciones que siempre ha unido a la patria de O'Higgins y a la patria de Artigas, y se hicieron votos entusiásticos por la confraternidad de todos los pueblos de la América del Sud.

A esta fiesta siguió el magnífico baile que lo más selecto de la sociedad montevideana dió en honor de sus huéspedes en los suntuosos salones del «Club Uruguayo», fiesta hermosísima por lo escogido de la concurrencia, el lujo desplegado y la magnificencia del decorado.

El miércoles 23, último día de los señalados para la estancia en Montevideo de los Comisionados, agasajóseles con un banquete popular en el gran salón de actos públicos del Ateneo, la primera y más acreditada institución científica del Río de la Plata. Entre los discursos pronunciados en tal ocasión, sobresalió el del elocuente tribuno e inspirado poeta doctor don Juan Zorrilla de San Martín, ex Ministro de la República del Uruguay cerca del gobierno español.

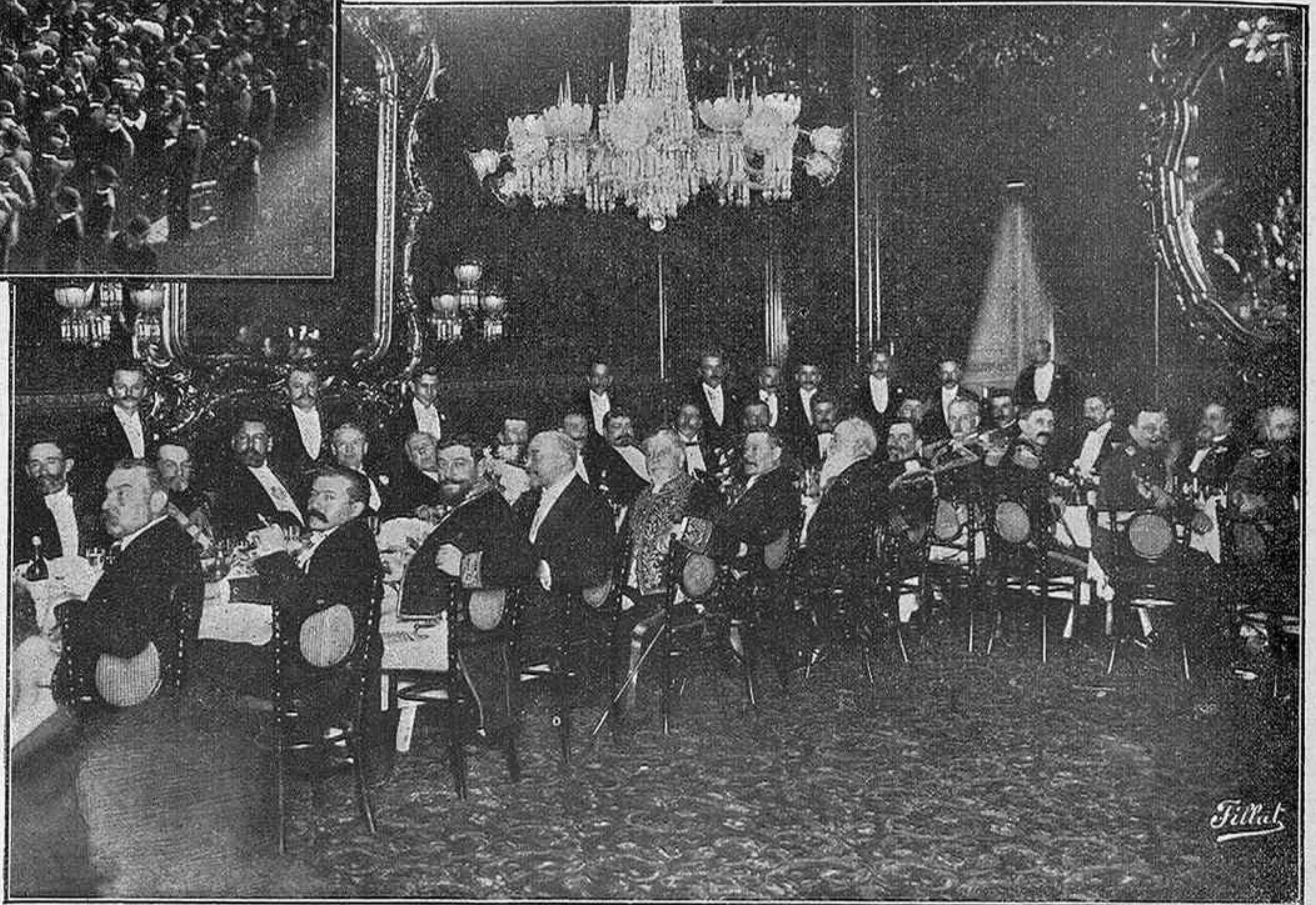
La fiesta hípica y el vivac militar que debían realizarse como término de los festejos, según el programa oficial, no pudieron llevarse a cabo por lo desapacible y lluvioso del tiempo.

Tales son, reseñadas a la ligera, las fiestas con que el pueblo del Uruguay obsequió a la delegación de Chile, y de algunas de cuyas fiestas dan idea los grabados que lucen en el presente número, reproducciones de las fotografías con que se han servido favorecernos los señores Fillat y Crosa, inteligentes colaboradores de esta publicación. — HISTORICUS.

NUESTROS GRABADOS

Danza española, cuadro de Ignacio Zuloaga. — Entre los actuales pintores españoles pocos han conseguido en los principales centros artísticos extranjeros el éxito brillante que ha logrado Ignacio Zuloaga: en Francia, en Alemania, en Austria, en Italia, en Inglaterra, su firma se ha impuesto y la crítica juzga sus obras, que el público admira, como se juzgan las de los grandes maestros. Se comprende, porque en los cuadros de nuestro ilustre compatriota hay verdadero genio; las figuras se salen, por decirlo así, de la tela; sus cuerpos se mueven y respiran, sus rostros hablan, sus ojos abrasan con sus ardientes miradas y en todas palpita la vida exuberante de las razas meridionales de nuestra tierra. Y en cuanto a colorido, es poco cuanto se diga de la riqueza de la paleta de Zuloaga, cuyo pincel combina de una manera maravillosa las tintas más cálidas, los tonos más energicos, los matices más armónicos, formando todo ello un conjunto que causa en los ojos y en el ánimo de quien lo contempla una de esas impresiones profundas que jamás se borran.

Hojas caídas, cuadro de Angel Dall'Oca Bianca. — El sentimiento de tristeza que de este lienzo se desprende responde perfectamente al pensamiento de su autor: el celebrado pintor italiano, al presentarnos esos grupos de ancianos desvalidos incapaces ya de continuar la lucha por la existencia que ha consumido todos sus esfuerzos, ha querido reproducir en toda su sombría realidad uno de los más conmovedores aspectos de la vida del hombre, y para ello ha buscado todos los medios de expresión que podían contribuir al efecto por él concebido. Por esto ha escogido un paisaje de otoño, de esa estación tristísima en que agoniza la naturaleza, y una hora de tan suprema melancolía como aquella en que las sombras invaden la tierra.



Banquete celebrado en el palacio del Gobierno en honor de los delegados chilenos (de fotografía de Fillat, remitida por los Sres. Bertrán y Castro, sucesores de Cuspina, Teix y C.ª)

Abandonados, cuadro de Luis Nono. — Hay en los cuadros de este autor un fondo dramático que emociona tanto más intensamente cuanto que los asuntos están tomados de la vida real, son eminentemente humanos, y por ende mueven directamente nuestro corazón; pues sabido es que las ficciones, por aparatosas que sean, nunca logran conmovernos despertarse en nosotros un impulso de piedad al pasar junto a un grupo de niños abandonados como el que en su bella obra ha pintado el celebrado artista italiano Luis Nono! Precisamente por esta razón, al ver ahora reproducido en la tela el lastimoso espectáculo, se reproduce también en nosotros el sentimiento de compasión que su contemplación nos causara. Justo es decir que para que tal efecto se produzca es preciso que el artista ponga mucho de su parte, que haya estudiado el asunto, no sólo con los ojos, sino también con el alma, y que al trasladarlo al lienzo sepa traducir la impresión recibida como ha sabido traducirla el autor de *Abandonados*.

Junto al canal, cuadro de Héctor Tito. — La Venecia que en esta obra nos presenta Héctor Tito no es la poética ciudad de las lagunas, envuelta en una atmósfera de leyendas y tradiciones, poblada de suntuosos palacios, habitada por nobles patricios que nuestra imaginación se complace en evocar; el artista, huyendo de los barrios aristocráticos, de los grandes canales, de lo que podemos llamar la Venecia del turista, ha querido poner ante nuestros ojos un rincón apartado de la denominada perla del Adriático, y por ello es digno modo proceder, creemos que hacen una buena obra todos los que procuran dar a conocer bajo nuevos aspectos aquello que la generalidad se ha acostumbrado a ver bajo uno solo, sobre todo tratándose de un asunto que tan variados y tan bellos los ofrece.

Estudio para el cuadro «El hombre» de Lesser Ury. — En el número 1.121 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dijimos algo acerca de este famoso pintor berlinés, haciendo notar, entre otras cosas, que cultivó los más diversos géneros y que en todos se muestra consumado artista. Si nuestros lectores comparan el estudio que en la página 471 publicamos, con el cuadro *En el café* que en el citado número reproducimos, verán cuán exactas eran nuestras afirmaciones. No pueden darse dos obras más distintas, mejor diremos más opuestas; una, toda elegancia, toda suavidad; otra enérgica, dura; aquélla de factura elegante, de trazos finos y correctos, de dulce colorido; ésta de líneas acentuadas, de vigorosos rasgos, de color sombrío. Y a pesar de esta oposición, ambas son obras de sin igual belleza y en ambas brilla la llama del genio y se admiran los conocimientos técnicos del pintor.

Escultura decorativa de Miss E. M. Rope. — En este género escultórico no hemos de buscar la profundidad del concepto ni las dificultades de ejecución; basta que haya elegancia y corrección de líneas para que la obra llene su cometido. Y desde este punto de vista, el relieve de Miss Rope cumple perfectamente los fines de la escultura decorativa.

En el Océano, dibujo de Juan Toorop. — Este dibujo del artista holandés Toorop entra de lleno en ese modernismo que algunos consideran como la última palabra del arte y muchos censuran por extravagante y despreocupado. Sin inclinarnos a unos ni a otros, haremos notar solamente que en medio de las extrañezas de concepto y de ejecución de la obra que nos ocupa, hay en los rostros de esas mujeres una expresión intensamente observada y muy bien reproducida.

La Noche, escultura de Rosa Silberer. — La celebrada escultora vienesa nos da en esta obra patentes pruebas de originalidad y de correcta y vigorosa ejecución: la imagen de la Noche por ella modelada tiene toda la majestad de esas horas solemnes en que las tinieblas cubren el espacio y la tierra y cuanto en la tierra vive se entregan al profundo reposo.



Sonia se sentó en el suelo...

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Volvió á su casa, se lavó con agua fresca los ojos enrojecidos y las mejillas ardientes, y salió al parte-re, donde el príncipe fumaba un cigarro, esperando que despertaran los padres de Lidia.

Por regla general veía con gusto al príncipe, puesto que la admiración que denunciaban los ojos de éste halagaba su amor propio; pero aquella tarde un sentimiento de invencible temor la invadía al aproximarse á Armianof.

Éste, por lo contrario, jamás se había hallado más dispuesto á hablar con franqueza.

Si hubiese querido provocar una declaración, Lidia no hubiera imaginado nada mejor que aquella especie de reserva. Armianof, así que la vió, fué á su encuentro casi corriendo.

- ¡Buenas tardes, Lidia! Pensaba que no tendría el placer de saludarla hoy.

La víspera quizá hubiese contestado: «¿Tenía usted, pues, prisa por verme?» Hoy, ¿qué podía contestar? Con la cabeza inclinada balbuceó:

- Me paseaba por el bosque.

- Si lo hubiera sabido, hubiese ido á encontrarla, replicó el príncipe interpretando favorablemente para él la turbación de la joven.

Ésta le lanzó una mirada casi temerosa; pero la obscuridad creciente disimulaba el rubor de su rostro.

- Siento que haya estado usted esperando, dijo; no sé por qué no han avisado á mis padres.

- ¡No!, replicó vivamente el príncipe. No es por sus padres de usted por quienes vengo tan á menudo, señorita Lidia.

Esta vez hubiese querido contestar la joven con su coquetería de costumbre; pero pensando en Boris, pensando en el compromiso que con él la ligaba, desapareció la sonrisa que asomaba á sus labios.

- ¿Sabe usted por qué vengo con tanta frecuencia?, insistió el príncipe.

- No, murmuró Lidia con desesperación. Comprendía que su porvenir estaba en sus manos: ¿qué haría de él?

- Entonces, se lo diré la próxima vez. ¡Qué raro, sin embargo, que usted que tan bien sabe adivinar otras cosas, no dé con la clave de lo que le digo!

Hablaba en tono mitad serio, mitad de broma. Con un poco de buena voluntad por parte de la joven, hubiese hablado en serio del todo; pero Armianof no advirtió esa buena voluntad, y como temía el ridículo y sabía que no bastaba ser rico y ostentar el título de príncipe para ser querido, no quiso adelantar más sin saber el terreno que pisaba.

- Es que algunas veces soy algo torpe, repuso Lidia.

- Entonces será preciso que le explique á usted esto con más detención, dijo el príncipe. Pero... me parece que veo á su mamá al extremo del jardín, y lo dejaremos para otro rato. Dígame usted, ¿dónde está Boris Ivanovitch?

- Lidia sintió que la sangre se le agolpaba al rostro, y con voz apagada respondió:

- No está ya aquí.

- Ya lo veo, replicó el príncipe sonriendo; pero ¿dónde se oculta?

- Se ha marchado, contestó Lidia tratando de recobrar su sangre fría.

- ¿Se ha marchado? ¿Y adónde?

- A Moscou.

- ¿A Moscou? ¿Y por qué?

- Se ha disputado con mamá, contestó Lidia bruscamente.

La señora Goreline estaba cerca de ellos. Lidia dejó que se acercara y se apartó algo. Decididamente aquella situación era intolerable.

- Me han dicho que Boris Ivanovitch se había marchado, dijo el príncipe mostrando gran sorpresa ¿Ha sucedido algo de particular?

- No me hable usted de él, exclamó la generala lanzando una mirada colérica á su hija, que no pudo advertirla porque la noche casi había cerrado.

- Es un miserable, continuó la generala en tanto que se dirigían todos hacia la casa; no sé cómo he sido bastante ciega para traerlo aquí... Todos estamos expuestos á equivocarnos; pero esto me enseñará para lo sucesivo.

Armianof no podía volver de su sorpresa... De repente un rayo de luz penetró en su cerebro.

- ¿Ha cometido alguna acción poco delicada?, preguntó, sabiendo que á la generala podía preguntarle cuanto quisiera sin pasar por indiscreto.

- ¡La más infame de todas!, exclamó la señora Goreline con rabia; pero le ruego á usted que no hablemos más de él.

En esto entraron en el comedor, que estaba espléndidamente iluminado. Allí el príncipe advirtió en seguida el aspecto confuso de Eugenio, la faz sombría del general, la rabia que devoraba á su esposa, y sobre todo los párpados hinchados y enrojecidos de Lidia.

- ¡Torpe!, se dijo. ¿Cómo no he advertido que se amaban?

La impresión que le produjo aquel descubrimiento fué tan honda, que tuvo necesidad de toda su experiencia de hombre de mundo para disimularla. Afortunadamente sirvieron en aquellos instantes la comida, y con ella comenzó una conversación anodina é interrumpida por frecuentes pausas que le permitieron reflexionar.

Su primer pensamiento fué, no de pena por tener un rival, sino de cólera contra toda aquella familia.

— Se han burlado de mí, pensó; y el sorbo de te que tragaba le pareció amargo.

Las reflexiones posteriores que hizo le demostraron que ni el general ni su esposa tenían nada que ver en el asunto, pues habían despedido á Boris, y en condiciones que no debieron ser muy agradables para éste. ¿Quién, pues, le había burlado? ¡Lidia! Lidia, que acogía favorablemente sus galanterías en tanto que su corazón se hallaba ya ocupado por otra imagen.

Admirado de sentir más cólera que pesar, miró á Lidia, y casi le fué indiferente aquel hermoso rostro deformado por las lágrimas.

— No la quiero tanto como imaginaba, pensó; pero la verdad es que no está muy bonita después de haber llorado...

Estas y otras parecidas reflexiones que guardó igualmente para sí no contribuyeron por cierto á alegrar la comida; de vez en cuando alguno de los comensales hacía esfuerzos para animar la conversación, pero ésta volvía á decaer en seguida. Pretextando un fuerte dolor de cabeza, Armianof se retiró temprano. Al salir dijo:

— El Sr. Grebof me ha prestado libros que quisiera devolverle. ¿Sabe usted su dirección, general?

— Mi mujer la sabe, dijo el buen hombre sin desconfianza, en tanto que su cara mitad le echaba una mirada terrible.

— ¿Quisiera usted decírmela, señora?, preguntó cortésmente el príncipe á la señora Goreline.

— Creo que la he perdido, contestó ésta, decidida á dar antes una dirección falsa que á dejar que pudiera el príncipe entrar en correspondencia con el estudiante.

— Yo la sé, dijo Eugenio triunfante; la he leído sobre su maleta; calle de Jardines, número 84...

El chico sabía perfectamente que aquella oficiosidad le valdría un par de bofetones; pero le dolía haber causado la desgracia de su profesor, y aquello le parecía una reparación otorgada al joven.

— ¿Calle de Jardines, 84, en Moscou?, repitió el príncipe.

— ¡No!, interrumpió la señora Goreline con un relámpago de cólera en los ojos; esa es su dirección antigua. Se ha marchado de allí, y ahora vive al otro extremo de la ciudad; pero no sé dónde.

El príncipe miró á la generala y comprendió en seguida que no podría sacarle ninguna indicación. Se le ocurrió otra idea y no perdió tiempo para ponerla en práctica.

Se despidió, y media hora después su carretela se detenía junto á la entrada de su casa.

— ¡No desenganches!, gritó al cochero, que quedó inmóvil, como clavado en su asiento.

Saltó con presteza del carruaje, subió las escaleras, y ordenando á su ayuda de cámara que pusiera alguna ropa en una maleta, cogió un fajo de billetes de Banco y una hoja de ruta para que le dieran caballos de posta; pero se le ocurrió de pronto una duda y asomándose á una ventana gritó al cochero:

— ¿Está el coche en buen estado?

— Sí, Alteza.

— ¿Podría llegar hasta Moscou?

— Y hasta San Petersburgo, Alteza: lo he examinado esta mañana.

Armianof cerró la ventana, cogió la maleta y echándose una capa en los hombros bajó la escalera, diciendo á sus criados que le contemplaban sorprendidos:

— No sé si volveré dentro de media hora, ó mañana ó de aquí á ocho días. Estad preparados, de todos modos, como si debiera volver en seguida.

El príncipe no se anduvo en más explicaciones, y subiendo al carruaje se envolvió en su capa y gritó por la ventanilla al cochero:

— ¡A escape, hasta la casa de postas!

La carretela partió ligera como el viento.

Al llegar cerca de la estación, se vió, á lo lejos, una sombra negra que se movía pesadamente y que andaba con gran ruido de cascabeles.

Cinco minutos después el príncipe llamaba al maestro de postas.

— ¿La diligencia de Moscou?

— Acaba de partir en este momento, Alteza, contestó el funcionario con la cabeza descubierta.

— ¿Ha subido aquí un joven?

— Sí, monseñor, con una niña.

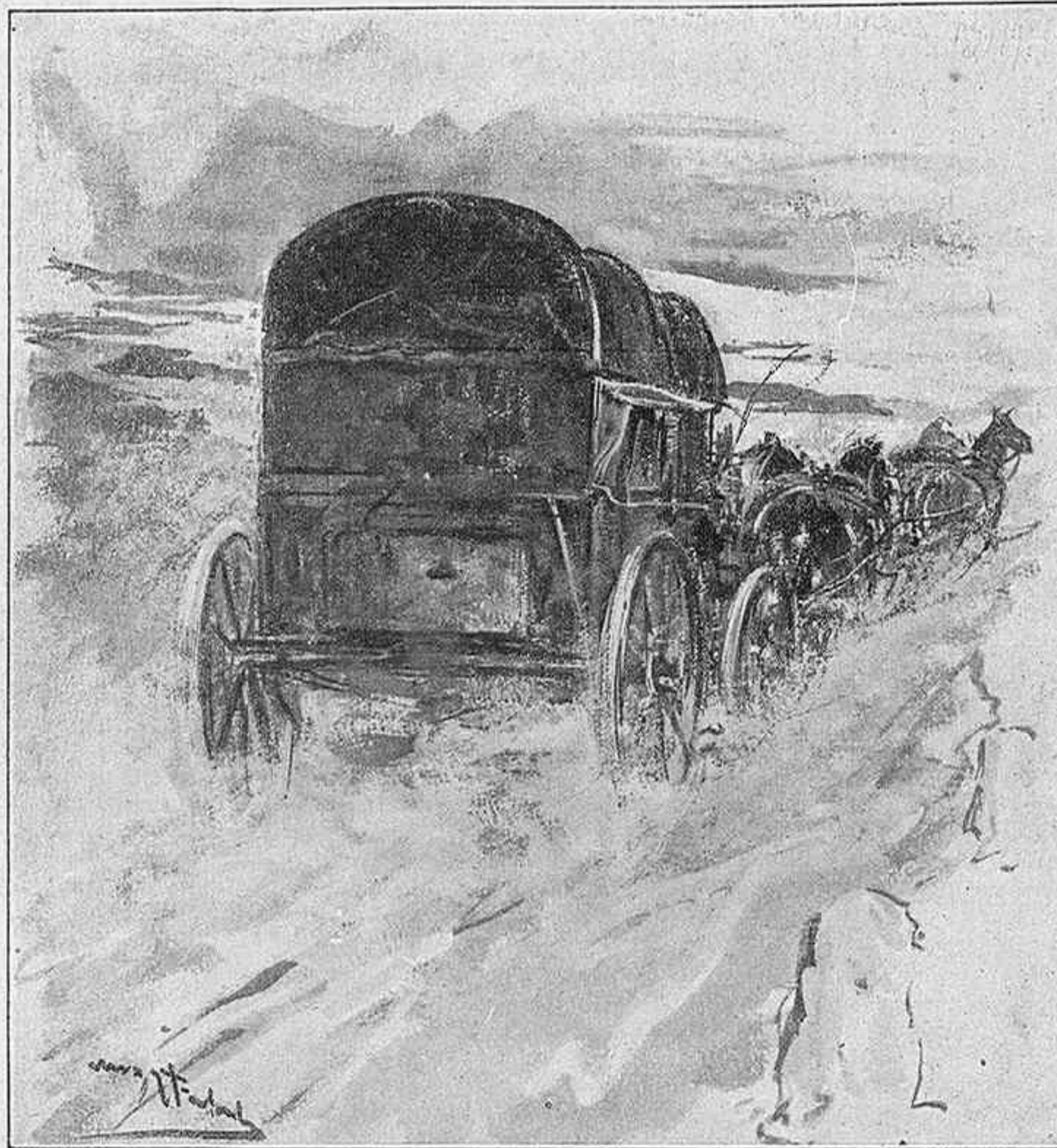
— ¿Con una niña?, repitió el príncipe sorprendido.

— Sí, monseñor; un campesino de vuestras tierras los trajo aquí.

— ¿De dónde venían?

— De casa del general Goreline.

— ¡Cuatro caballos de postal, dijo el príncipe enseñándole su permiso, y aprisa. Me urge marchar. Procuraron complacerle, pero no había suficientes caballos y tuvieron que ir buscándolos de casa en



La diligencia de Moscou

casa, lo que retardó hasta la una la hora de salida.

— Di á mis criados que no volveré esta noche, dijo Armianof á su cochero en el momento en que éste, llevando los caballos de la brida, salió á despedir á su amo.

— Y yo, pensó en tanto que los caballos de su nuevo tiro emprendían el galope, voy á alcanzar á Boris. Si se ha portado mal con Lidia, le mato. Si se han portado mal con él, entonces veremos.

XIII

A pesar de la necesidad que tenía de despertarse en las paradas de posta para ajustar cuentas y para pedir noticias de la diligencia, Armianof pasó en un sueño las horas que siguieron á su partida. Al asomar los primeros rayos del sol, despertó de un profundo sueño, quedando sorprendido al contemplar ante sus ojos las paredes de un monasterio y las casas de una ciudad que parecía ser importante.

Recordó entonces que había viajado la mayor parte de la noche, despertándose y volviéndose á dormir tres ó cuatro veces; después de haberse despedido bajó del carruaje y entró en la estación mientras verificaban el cambio de caballos.

— ¿Podrían darme razón de la diligencia?, preguntó.

— Mírela usted, respondiéronle señalando un punto negro que se divisaba á lo lejos.

— ¡Servidme el te, pero muy aprisa!, dijo por toda respuesta.

Y el príncipe se puso á pasear delante de la puerta para desentumecer las piernas. Engulló el te hirviente que le presentaron, metióse en el bolsillo dos ó tres panecillos blancos y tiernos que le ofrecieran las campesinas antes de bajar del carruaje, y dijo al cochero que estaba ya en el pescante:

— Alcanza la diligencia y te prometo que no quedarás descontento de mí.

Hizo el cochero chasquear el látigo, azuzó á las bestias con toda clase de ternos, y el carruaje, lanzado á toda velocidad, bajó rápidamente la cuesta de la ciudad; pero la diligencia llevaba mucha ventaja y Armianof no pudo alcanzarla.

Eran aproximadamente las diez cuando la pesada diligencia apareció como una masa movable en último término de un largo y recto trozo de la carretera.

— ¡Anda, arrea! ¡Alcanza la diligencia!, gritó el príncipe electrizado por aquella vertiginosa carrera; te doy cinco rublos si la alcanzas antes de la próxima parada.

Los cuatro caballos volaban mejor que corrían y parecía imposible que pudiesen sostener tan vertiginosa carrera.

Los dos carruajes iban acercándose por momentos, hasta que, por último, se alcanzaron.

— ¡Para!, gritó el príncipe al cochero de la diligencia.

— No puede ser; está prohibido que la diligencia se detenga, respondió el empleado fustigando á los caballos.

Armianof sacó un rublo del bolsillo y lo hizo relucir.

— ¡Yachka!, gritó al momento el cochero guiñando un ojo al conductor, mira la carretera, me parece que el caballo de la derecha se ha desherrado.

— ¡Sr. Grebof!, dijo el príncipe mientras que el conductor examinaba los pies de los seis caballos, los cuales no tenían ninguna falta, cosa que él sabía ya perfectamente.

Boris, admirado de oírse llamar en aquel paraje, sacó la cabeza y no pudo contener su asombro al ver al príncipe.

— Venga usted á mi carruaje, tengo que hablarle. Si no tiene usted inconveniente haríamos juntos el camino.

Boris bajó con presteza y subió á la carretela. Sonia seguía los movimientos de Boris con sobresalto, pero éste la tranquilizó con un gesto.

— ¿Estamos listos?, gritó el cochero.

— ¡Sí, arrea!, respondió el conductor.

Los dos carruajes lanzáronse juntos al trote.

Armianof no era partidario de andarse en preámbulos; por otra parte, Boris era un hombre á quien podía hablársele con franqueza, por lo cual el príncipe entró desde luego en materia.

— Le pido á usted mil perdones por haberle molestado en su viaje, Boris Ivanovitch, dijo el joven en cuanto éste hubo tomado asiento á su lado; pero ya comprenderá usted que no habré obedecido á un capricho al lanzarme en su seguimiento desde anoche...

Boris, cada vez más admirado, hizo un signo de asentimiento, sin atinar á qué se refería.

— ¿Me contestará usted claramente á las preguntas que le dirija?, continuó diciendo Armianof. Necesito saber si debo considerar á usted como un amigo ó como una persona extraña; confío en que me dirá la verdad, sin ambages ni rodeos.

— Le diré la verdad, respondió Boris, que empezaba á vislumbrar algo.

— ¿Qué lazos le unen á usted con la señorita Goreline?

La mirada de Boris se cruzó con la del príncipe. La de éste tenía una expresión seria y franca que hizo desaparecer la cólera que el joven estudiante sintiera al oír aquella pregunta: consideró en un momento todas las consecuencias que podrían resultar de su respuesta, y fijando su mirada en Armianof le dijo:

— La amo y le dije si quería ser mi esposa.

— ¿Y qué contestó ella?

— Me dió su consentimiento.

— ¿Espontáneamente?

— Espontáneamente.

— ¿Cuándo fué eso?

— Hace dos meses.

— ¿Antes de mi llegada?

— Sí.

— ¿Y por qué se ha marchado usted?

— Porque la señora Goreline se enteró de nuestros amores y se negó á concederme la mano de su hija.

— ¿Y el general?

Boris se encogió de hombros y sonrió con tristeza.

— ¿De modo que ha renunciado usted á la señorita Goreline?

— ¿Qué interés tiene usted en saberlo?

— Para saber á qué atenerme. Le ruego á usted que me conteste. ¿Ha renunciado á la señorita Goreline?

La carretela continuaba su camino. Boris, después de una corta lucha en su interior, contestó:

— Pues bien: le voy á hacer á usted una confidencia porque le tengo por hombre honrado. La he vuelto á ver...

— ¿Cuándo?

— Anoche.

— ¿Y qué resultó de la entrevista?

— Prometió que me esperaría. La considero mi prometida; la ojeriza de sus padres, aunque lo retarden, no impedirán nuestro casamiento.

— ¿Y fué anoche cuando le hizo á usted esa promesa?

- Sí, contestó Boris, molesto por esa serie de preguntas.

- ¿Y por qué se han opuesto sus padres?

- Porque soy pobre, dijo Boris con sonrisa amar-

ga; se podía usted excusar el preguntármelo.

Armianof, después de reflexionar un momento, dijo a Boris, alargándole una mano:

- Quedamos amigos. Cuénteme usted cuanto ha pasado, sin omitir detalle; le aseguro a usted que no se arrepentirá de haber depositado en mí su confianza.

Boris, sintiendo que le conquistaba el generoso arranque del príncipe, le refirió cuanto había pasado desde la mañana, sin omitir la despedida de Sonia ni la decisión que había tomado de conducir a la niña a casa de su madre.

Armianof le escuchaba con la mirada brillante, medio sonriente, medio enfadado.

- ¡Qué excelente caballero andante sería usted!, díjole cuando hubo terminado. He dicho que seríamos amigos y se lo voy a probar. ¿Qué piensa usted hacer?

- No lo sé a punto fijo, contestó el estudiante, que de momento se sintió abatido. Por de pronto voy a mi casa, donde descansaré unas cuantas semanas, pues me siento algo fatigado, añadió volviéndose hacia el príncipe y sonriendo tristemente.

Sus ojos hundidos, sus pómulos ardientes, probaban con efecto que aquellos dos días de padecimientos habían hecho estragos en su vigorosa constitución, Armianof lo notó, pero guardó para sí sus reflexiones.

- ¿Y luego?, dijo.

- Luego empezaré de nuevo mis habituales ocupaciones y daré más lecciones si es preciso.

- Eso sin duda le impedirá a usted trabajar por su cuenta.

- Dormiré menos, contestó Boris; el caso es que he perdido ya el verano, de modo que es preciso que trabaje más este invierno.

- Pero, añadió Armianof vacilando, créala... Pensaba que los Goreline...

- ¡Tomarles a un tiempo su hija y su dinero!, dijo Boris con amarga ironía; no: una de las dos cosas me basta. Y de todos modos, no habiendo acabado de dar las lecciones, no podía aceptar dignamente ninguna remuneración...

- ¿De modo que está usted en la misma situación que al principiar el verano?

- Exactamente, contestó el estudiante con un dejo de mal humor; pero no sé a qué viene hablar de esos detalles, que no creo que le puedan interesar a usted.

El príncipe no contestó; por más que desde el principio de sus relaciones Boris le había expuesto con franqueza su posición pecuniaria y sus proyectos para lo porvenir, temía haberse espantado demasiado y herido tal vez su exquisita delicadeza, que las circunstancias que a la sazón atravesaba podían haber excitado.

Decidióse al cabo de unos momentos a reanudar la conversación, á trueque de asustar todavía más a su compañero de viaje.

- ¿Por qué en vez de dedicarse usted a dar lecciones, no busca una colocación fija, por ejemplo en casa de un sabio que le encargue la revisión de sus manuscritos ó el auxiliarle en sus trabajos?

dos; y son tan distintas nuestras posiciones sociales! - Si fuera este el motivo que la hiciera vacilar, no sería digna de usted ni de mí.

Boris, sin decir una palabra, estrechó vivamente

la mano de su amigo. Distingúese ya la casa de postas; Armianof había dicho que terminaría su expedición; los dos jóvenes cruzaron ya pocas palabras.

El estudiante se dispuso a subir al imperial, desde donde no había dejado de seguirle la mirada inquieta de Sonia.

- Tiene usted en mí un amigo con cuya adhesión puede contar incondicionalmente, le dijo Armianof al despedirse. Por mi parte le prometo que no trataré de volver a ver a la señorita Goreline.

Es una promesa era inútil. El modo como

Lidia, estando prometida a otro, había acogido las galanterías del príncipe, claro demostraba que tampoco a él le había querido, y si no fuera por no acabar de lacerar el corazón del desgraciado, de buena gana le dijera cuán poco se podía contar con la afición de aquella criatura, frágil y coqueta... Pero de ello menos que ningún otro tenía motivo a hablar y se calló.

Algunos minutos después los dos coches tomaban opuesto camino, y Boris, menos afligido, volvía a hallarse junto a la chiquilla protegida que en el mundo no tenía más apoyo que el suyo.

XIV

Una tarde, tres días después de este encuentro, la señora Grebof fué a sentarse en un ángulo de su jardín, en una especie de glorieta que le servía de abrigo contra la lluvia y el sol. El terreno, que en aquel punto se elevaba algo, dominaba a la vez el camino que atravesaba el pueblo, y el que conducía al patio de su modesta vivienda.

Le gustaba pasar bajo aquel refugio las últimas horas de la tarde, cuando morían los postreros rayos del sol, y entre sus doradas haces ver desfilan las seis vacas, los cuatro caballos de labor y los carneros de su rebaño; luego llegaban los gansos conducidos por un rapazuelo de ojos vivarachos, atezado y rubio, hijo de su criada, y destinado un día a ser el ayuda de cámara de Boris, con tal de que su buena conducta le hiciera digno de aquel elevado puesto, que era objeto de la ambición maternal.

Dejando a un lado la calceta en que trabajaba, la señora Grebof había cruzado las manos sobre el pecho y miraba tranquilamente cómo volvían los huéspedes de la casa, cuando un ruido de campanillas, a lo lejos, llamó su atención.

- ¡Dacha! ¡Dacha!, gritó a su criada. ¡Llegan forasteros! Pon en seguida a calentar el samovar y da orden de que cuezan inmediatamente los panecillos.

En la ventana de la casa, que estaba cerca, apareció el honrado rostro de Dacha, coronado de cabellos grises.

- Sí, señora, contestó; ¿pero quién puede venir? Hace pocos días que hemos visto por aquí a todos los vecinos.

(Continuará.)

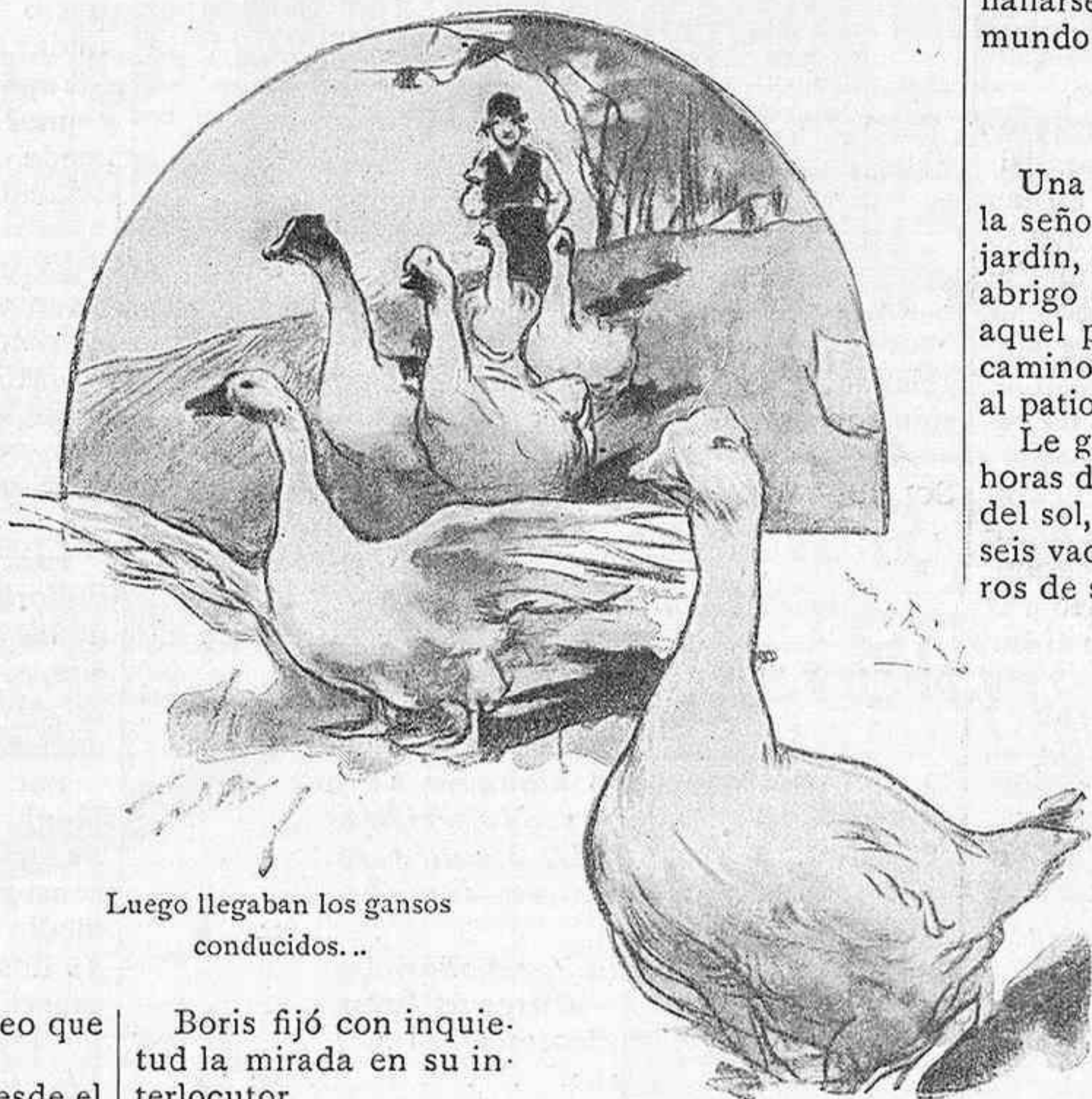


La señora Grebof fué a sentarse en un ángulo de su jardín...

- Preferiría mil veces esa clase de trabajo; pero esas colocaciones son raras y es casi imposible encontrar una. Continuaré haciendo lo que he hecho hasta aquí; no hay más remedio.

Y Boris continuó mirando los paisajes monótonos que desfilaban ante su vista.

- Escuche usted, Boris Ivanovitch, díjole el príncipe después de un largo silencio; debo a mi vez decirle toda la verdad: me enamoré de la señorita Goreline y pensaba pedir su mano.



Luego llegaban los gansos conducidos...

Boris fijó con inquietud la mirada en su interlocutor.

- Pero basta que ella le haya empeñado su palabra para que desista yo de mis pretensiones. Llegó usted antes y ha obtenido su libre consentimiento; no me queda más que retirarme: se lo declaro con toda lealtad.

En vez de alegrarse, Boris sintió aumentar la tristeza que le apesadumbraba, y haciendo un gran esfuerzo dijo en voz baja:

- Lidia puede, no obstante, escoger entre los

CRÓNICA CIENTÍFICA

INVENTOS Y NOVEDADES

Nueva maravilla mecánica. El motor Castelnaud. — Procedimiento práctico para la fotografía de los colores. — La selección cromática de Lumière. Aparato «Elgé» de M. Gaumond. — Máquina «Hook» para pintar por pulverización. — Condiciones que debe reunir un peluquero.

El pugilato sostenido, desde hace ya bastante tiempo, entre el vapor y la electricidad, resulta no

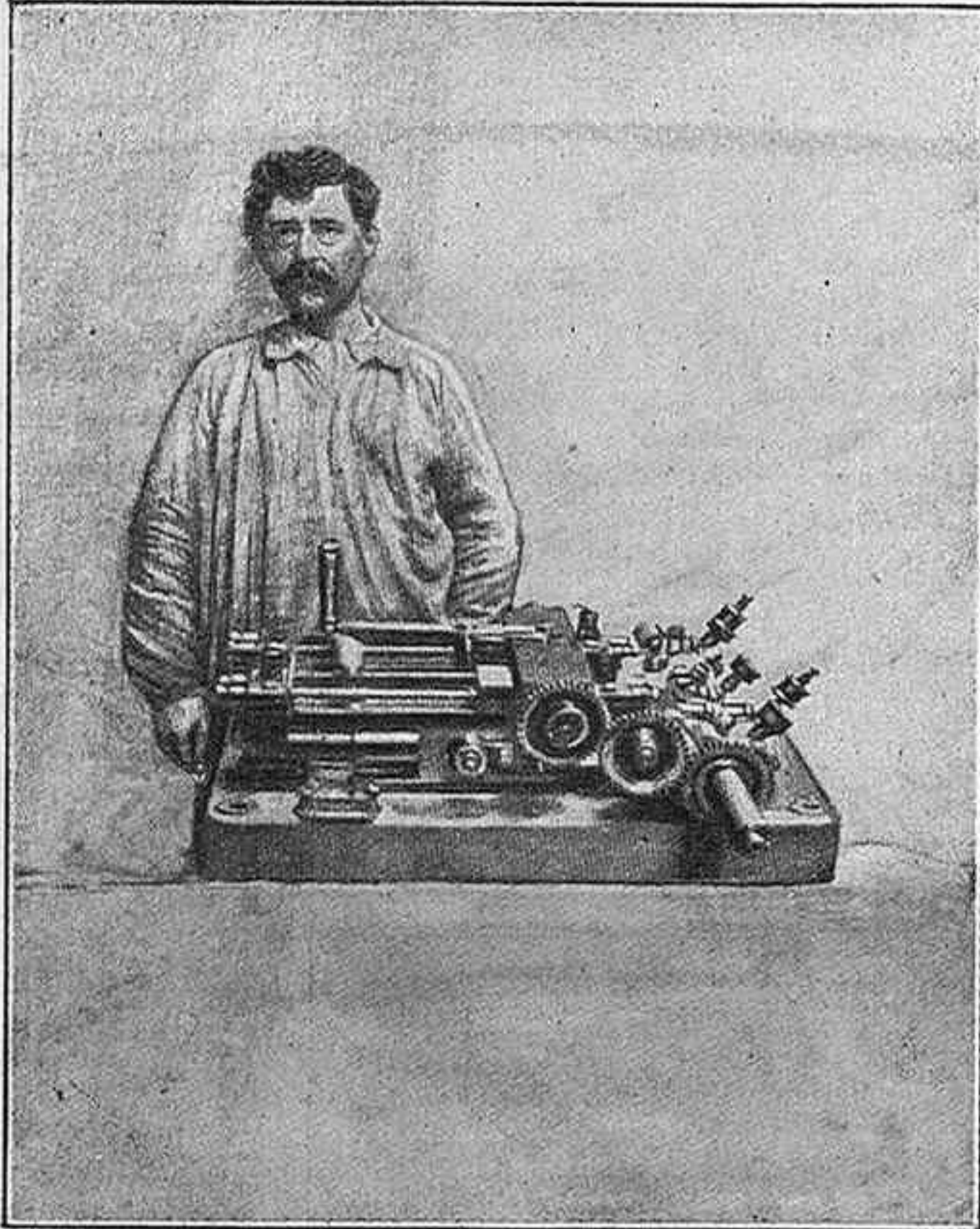


Fig. 1. — Máquina Castelnaud de 30 caballos de fuerza y 150 kilogramos de peso

sólo provechoso para la ciencia, sino muy útil y ventajoso para los progresos de la industria.

Los automóviles de vapor de Serpollet han derrotado, hace muy pocos días, á los eléctricos que disputaban al vapor la supremacía.

Para comprender los notables adelantos introducidos en la moderna máquina de vapor, bastará consignar que la *Société de Vaporisation*, de París, ha construído un elemento especial en el que el agua inyectada se evapora, produciendo presiones de 50 y hasta de 100 atmósferas: el vapor á esta elevada presión se halla á la temperatura de 300°, 400° ó 500° centígrados. El nuevo generador está formado por un haz enorme de pequeños tubos, colocados sobre el foco calorífero y unidos á un bloque de acero que recibe el calor directamente.

Este generador puede considerarse como inexplosible, pero su empleo ofrece una dificultad grandísima: el engrasado del émbolo y del cilindro, en las condiciones antes indicadas, resulta materialmente imposible, por no conocerse lubricante, de ninguna clase, que pueda resistir temperaturas superiores á 300° centígrados sin descomponerse ó inflamarse.

El problema parecía no tener solución posible, cuando el ilustre ingeniero M. Castelnaud lo ha resuelto de una manera ingeniosísima.

Sabido es que en las máquinas de vapor el cilindro está fijo y el émbolo, convenientemente lubricado, se mueve dentro del cilindro. Pero supongamos, por un instante, fijo el pistón y movable el cilindro; éste se alejará de la base del pistón al llegar el vapor: si alrededor del pistón ó émbolo y por detrás de su base se practica una ranura circular y en ella se coloca la grasa lubricante, el vapor no tocará ni la ranura ni la grasa y al émbolo tan sólo por su base. Supongamos además dos pistones fijos colocados en sentido opuesto con sus cilindros movibles soldados por la base; entonces los cilindros formarán una especie de tubo, con un tabique central, que se aproximará á la base de uno de los dos pistones fijos mientras se alejará del otro, según el lado por donde llegue el vapor. Si por otra parte nos imaginamos el cilindro movable, provisto de órganos exteriores análogos á las bielas, se comprenderá que se pueda muy fácilmente convertir el movimiento alternativo de aquél en circular.

El tipo de la maravillosa máquina Castelnaud (figura 1), tiene exactamente 70 centímetros de largo, 70 de ancho y 25 de altura, siendo su peso total de 150 kilogramos. Tres hombres pueden transportar este potente juguete de órganos diminutos, pero contruídos para desarrollar una fuerza de 30 caballos con presión de 40 atmósferas.

El notable ingeniero de minas M. Leverrier hace grandes elogios de este nuevo motor, que constituye una verdadera revolución mecánica, destinada á producir gran sensación y notables aplicaciones.

A los ingeniosos descubrimientos del ilustre profesor de la Sorbona M. Lippman debemos desde hace algunos años el poder reproducir fotográficamente los objetos con sus colores naturales, más puros, si cabe, que los que á simple vista distinguimos.

El procedimiento Lippman, á pesar de haber recibido últimamente notables mejoras y perfeccionamientos, resulta todavía difícilísimo y engorroso. Por este motivo, los hermanos Augusto y Luis Lumière han buscado la solución por distintos derroteros, habiendo descubierto un procedimiento tan sencillo, que cualquier aficionado medianamente avezado á las prácticas fotográficas puede obtener por el mismo pruebas fotográficas con sus colores naturales de admirable belleza y propiedad.

El nuevo sistema Lumière consiste en la obtención de tres negativos distintos de los colores elementales rojo, amarillo y azul, tirando luego sus respectivos *positivos monocromos*, que superpuestos reproducen por síntesis los colores naturales.

Las operaciones necesarias para poner en práctica el nuevo sistema son por demás sencillas y elementales.

El aparato, si bien los hay especiales, puede ser una cámara ordinaria de las más sencillas, con tal de colocar tres pantallas sobre un chasis *ad hoc* que deslice por detrás del objetivo. Las mejores pantallas, que pudiéramos llamar *filtros de luz*, serían las formadas por disoluciones especiales contenidas en cubetas de cristal que, por resultar incómodas, se substituyen por capas de gelatina coloreadas, que se preparan sobre placas de cristal de dos milímetros de espesor y de perfectas condiciones planimétricas. Se preparan las pantallas colocando sobre las mismas una solución al 10 por 100 de



Fig. 2. — Máquina Hook para pintar; modelo «Rapide»

gelatina, que se tiñe respectivamente con una de las soluciones siguientes:

SOLUCIÓN AZUL (*azul violeta*). — Azul de metileno N. á $\frac{1}{2}$ por 100 (por otro nombre *clorocincato del dietilpara amidocresiltiacina*). 20 c. c.
Agua. 20 »

SOLUCIÓN VERDE (*verde amarillenta*). — Azul de metileno nuevo á $\frac{1}{2}$ por 100. 5 »
Amarillo auramina G. á $\frac{1}{2}$ por 100 (*clorhidrina del amido-dimetilpara-diamido-orto-dicresilmetano*). 30 »

SOLUCIÓN ANARANJADA (*rojo anaranjado*). — Eritrosina (tetra-yodofluoresceína) á $\frac{1}{2}$ por 100. 18 »
Amarillo metanilo en solución saturada á 15° (*fenilamidonitrobenzeno-metosulfonato sódico*). 20 »

Para tirar los negativos se emplean las placas llamadas *ortocromáticas* serie A sensibles al verde y amarillo, las de la serie B sensibles al rojo y anaranjado y las placas de *etiqueta azul* sensibles al azul y al violeta.

Para revelar los negativos se emplea luz roja con las placas A y verde para las B, usando los reveladores ordinarios.

Los *positivos monocromos* se obtienen por medio de papeles sensibles en cuya composición entra una mezcla de cola fuerte, gelatina, bicromato amónico, citrato de potasa, rojo cochinilla, alcohol y agua: este papel se encuentra ya preparado en el comercio. Los positivos se tiran como los ordinarios al carbón, teniendo en cuenta que no aparece la imagen hasta que se revela en agua á 38° durante media hora.

Las imágenes incoloras se colorean con los siguientes baños:

Rojo. — Agua.	1.000 c. c.
Solución al 3 por 100 de eritrosina J.	25 »
AZUL. — Agua.	1.000 »
Solución azul diamina F. á 3 por 100.	50 »
Solución cola fuerte á 15 por 100.	70 »
AMARILLO. — Agua.	1.000 »
Crisotena G.	4 »
Se disuelve á 70° y se añade alcohol.	200 »

Se recubre la superficie de las tres imágenes de una solución de caucho á 1'5 por 100 de bencina, y



Fig. 3. — Máquina Hook para pintar, modelo «Meilleure»

una vez desecada, de otra de colodión al 1 por 100 y se pegan las tres películas positivas una sobre otra, previo descolado del papel positivo á que van unidas.

Por este sistema, que pudiéramos llamar pintífico y que Lumière denomina de *selección cromática*, se puede obtener una prueba única sobre cristal reproduciendo todos los colores naturales.

El infatigable inventor M. Gaumond acaba de inventar una sencilla cámara para la fotografía de los colores denominada «Elgé», que tiene sobre los aparatos empleados hasta hoy la gran ventaja de no exigir, para tomar los tres negativos, más que una sola y única placa, lo cual representa una gran comodidad y un notable ahorro de tiempo.

Para pintar, ó mejor dicho, para extender capas uniformes de pintura sobre muros, sobre el casco de los buques, y en general, sobre grandes superficies, el empleo del pincel resulta un procedimiento excesivamente lento y pesado que encarece sobre manera la mano de obra.

Por este motivo el insigne mecánico M. F. E. Hook, de Hudson, Michigan, dirigió sus actividades á la resolución de este importante problema. Ha conseguido satisfactoriamente el fin propuesto por medio de sus aparatos *Rapide* y *Meilleure* (figs. 2 y 3), dos ingeniosas máquinas para pintar extensas superficies á gran velocidad, proyectando los colores por medio de un potente pulverizador, en el que el aire comprimido juega el papel más importante.

La máquina «Rapide» está formada por un depósito de fundición A, que contiene la pintura previamente preparada: el tubo C conduce el aire, comprimido por medio de una bomba, al depósito de pintura cuya salida por el pulverizador T puede graduarse á voluntad.

El aparato ó máquina de pintar «Meilleure» tipo de mayor tamaño que la «Rapide» lleva la bomba compresora situada junto al depósito de pintura.

Con estos aparatos un hombre puede pintar en

un día una superficie de 1.800 á 2.300 metros cuadrados, mientras que el pintor más hábil no puede pintar á mano en igual tiempo, más de 92 á 100 metros cuadrados.

Con estos aparatos se pueden emplear toda clase

de ciones que debe reunir todo el que quiera ejercer el oficio de peluquero. «El peluquero, dice el dictamen, ha de ser limpio en su persona y en sus costumbres; debe bañarse periódicamente y tener en buen estado especialmente las manos y la boca. La

que deseen ser peluqueros, pero no lo parecerán á la generalidad del público.

Convenido que quien se dedique á peluquero ha de ser limpio y ha de lavarse las manos y lavar los instrumentos después de cada operación, sea cual



Estudio para el cuadro «El hombre» de Lesser Ury



Escultura decorativa de Miss E. Rope

de pinturas, y los obreros se hallan al abrigo de los peligros de la pintura á base de albayalde y otros productos venenosos, como el verde Schweinfurth, los prusiatos, etc., que tantas víctimas ocasionan entre los operarios que han de manejarlos.

El Consejo de Sanidad de Ontario (E. Unidos) ha dictaminado recientemente acerca de las condi-

profesión de peluquero ha de prohibirse á los que padezcan una enfermedad cutánea, del cuero cabelludo ó de los cabellos, así como á los que estén atacados de tuberculosis ó de cualquier otra afección de carácter contagioso generalmente reconocido.»

Estas exigencias del Consejo de Sanidad de Ontario podrán parecer excesivas á muchas personas

fuere ésta; además ha de gozar de buena salud y estar libre de toda enfermedad contagiosa, cuyo microbio podría comunicar por contacto á sus clientes. Pero justo sería también que pudieran exigir de éstos que fuesen limpios y no padeciesen enfermedades micróbicas, especialmente del cuero cabelludo y del cabello.

AL'LER-WILL.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las
Personas que conocen las

PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á
LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS
DOCTORES
JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165 -
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

HARINA
LACTEADA.

Alimento
completo

NESTLE

para
NIÑOS
y ANCIANOS.

Contiene la Leche pura
de Suiza.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

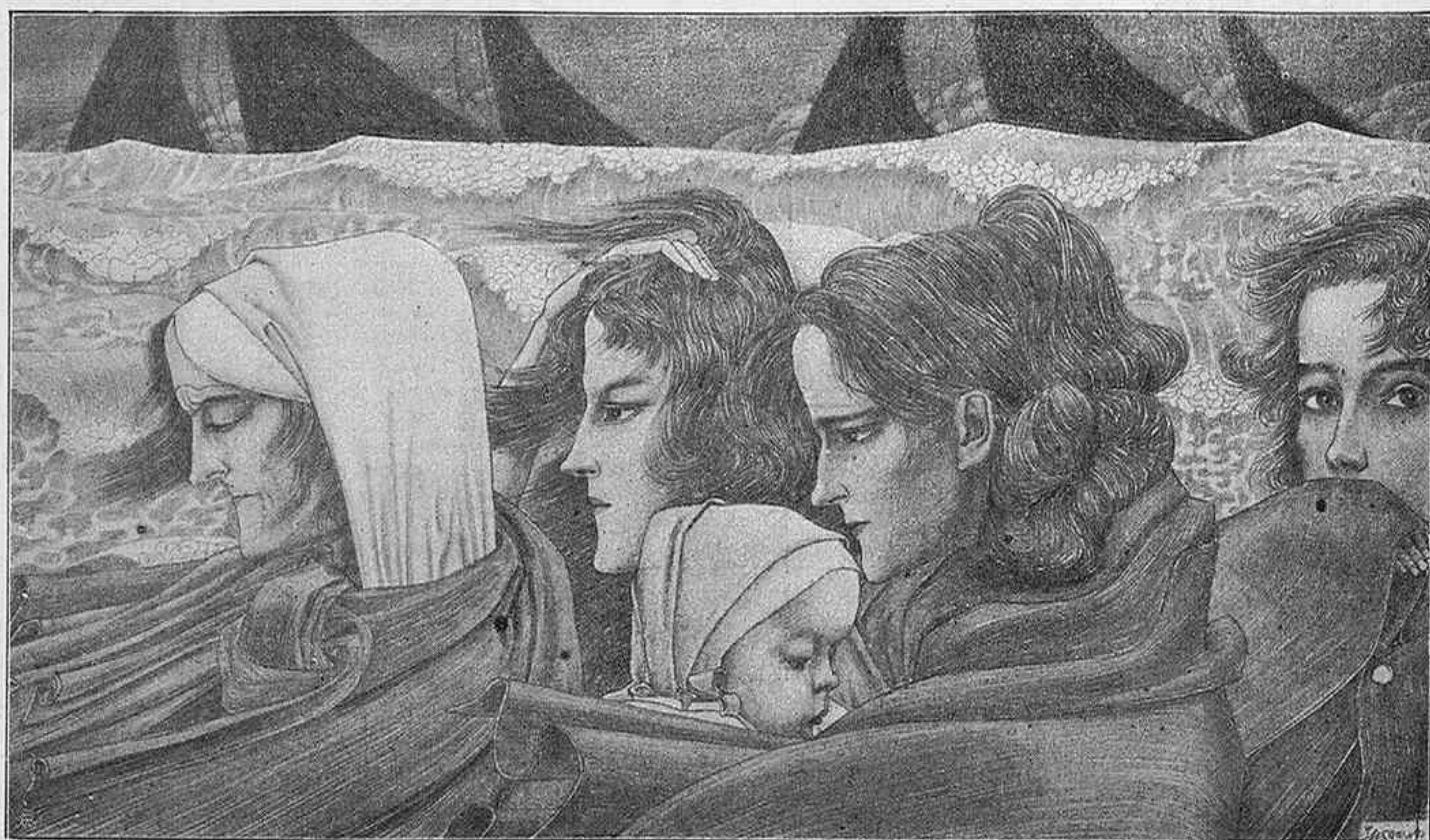
LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL EN ESPAÑA. - Folleto en el que se describen las fiestas del árbol celebradas durante el año 1902 en Garrucha, Alberite, Zaragoza, Laguna

A COP CALENT, per Joaquim Cabot y Rovira. - Como su título indica, las poesías contenidas en este libro están escritas bajo la impresión de momento; de aquí la espontaneidad, la sinceridad, el calor que en ellas campean: inspiradas en los temas más nobles, los sentimientos que despiertan el amor, la fe, la patria, la naturaleza, aparecen en estas composiciones admirablemente expresados, ya que el Sr. Cabot, poeta

HÁMLET. - Formando parte de la interesante biblioteca del «Teatro antiguo y moderno,» se ha publicado la hermosa versión española que hizo Moratín del inmortal drama de Shakespeare, que no es necesario recomendar, puesto que



EN EL OCEANO, dibujo de Juan Toorop. (Exposición de los Secesionistas de Munich.)



LA NOCHE, escultura de Rosa Silberer

de Cameros, San Asencio, Villamediana, Torrecilla de Cameros, Solés, San Vicente de Sonsierra, Pedrosa, Soria, Berga, Bagá, Pobla de Lillet, Vallán, Gisclareny, Barcelona, Puigcerdá, Guils, Planolas, Das, Vilallobent, Alp, Maranges, Ger, Saldes y Salamanca. Contiene además un apéndice de la Crónica de 1901. Impreso en Barcelona en la Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.

ARTE GRADUAL DE LECTURA Y ESCRITURA, por Primitivo Sanmartí. Edición económica. - Con muy buen acierto ha publicado el Sr. Sanmartí una edición económica y de tamaño reducido de su importante obra destinada á la fácil y rápida enseñanza de la lectura y de la escritura. Como de esta última nos ocupamos hace poco tiempo en esta misma sección, nada diremos de la que ahora ha visto la luz, ya que en una y otra encontramos las mismas excelencias. Forma un cuaderno de 48 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio Bastinos y se vende á 30 céntimos.

cuyo elogio no hemos de hacer porque es sobrado conocido, ha sabido encontrar los acentos á cada uno apropiados, ora dulces y sencillos, ora viriles y enérgicos. Únase á esto una forma bellísima y se tendrá una idea de lo que vale esta obra, en todas cuyas páginas vemos al hombre de gran corazón, enamorado de los más hermosos ideales, y al escritor correcto que encierra en fáciles y armoniosos versos pensamientos admirables. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig, véndese el tomo á tres pesetas.

SONETOS, por Carlos Ossorio y Gallardo. - En los doce sonetos que comprende esta colección admiramos la inspiración, la belleza de los pensamientos, la intensidad del sentimiento, la corrección del verso, en suma, todas las cualidades que caracterizan al verdadero poeta y que en tan alto grado reúne el Sr. Ossorio y Gallardo. Sonetos forma un elegante folleto esmeradamente impreso en Barcelona por Fidel Giró y del cual sólo se han tirado cien ejemplares.

son sobradamente conocidos los merecimientos de uno y otro. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

LA PINTURA EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900, por D. Manuel Rodríguez y Codolá. - Es este libro un interesantísimo estudio de las manifestaciones artísticas de todos los países que figuraron en aquel certamen universal, llevado á cabo por el laborioso cuanto inteligente profesor de nuestra Escuela de Bellas Artes D. Manuel Rodríguez Codolá, á quien con tal objeto comisionó la Diputación Provincial de Barcelona. Plácemes merece nuestro distinguido amigo por la labor realizada, puesto que su trabajo no se limita al estudio de las obras expuestas, ya que éstas sirven para analizar los conceptos y corrientes imperantes, emitiendo juicios y consideraciones personales que revelan la ilustración de su autor y los ideales artísticos á que rinde ferviente culto. Este elegante volumen, con una bonita cubierta, esmeradamente impreso en la tipografía de los Sres. Salvat y C.ª, se vende á dos pesetas.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Púne y conserva el cutis limpio y terso
CANDES ET C^o
 B^o St-Denis, 10

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de : Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles ó Influenza. Todas Farmac.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
 SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
 Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
 Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN